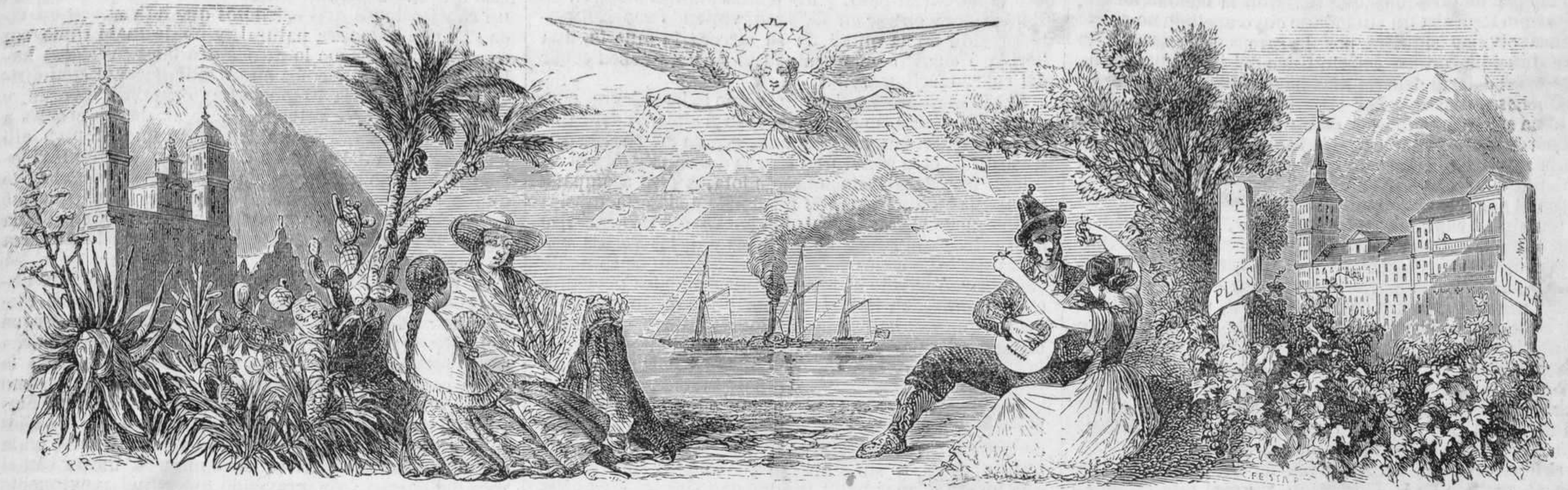


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1883.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Año 12. — N° 46.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

El Japon; grabado. — **Un viaje á Simancas** — **Historia de la semana**. — **Cartas sobre la Escocia**; grabados. — **Un secreto perdido**. — **La siempreviva**. — **Oficios menudos en Rusia**; grabados. — **Dolores del corazon**. — **Himno al sol**. — **Viaje del capitán Inglesfield**. — **Rondeña**. — **La calma**. — **Ceremonia fúnebre en Madrid para la traslación de las cenizas de Moratín y de Donoso Cortés**; grabado.

El Japon.

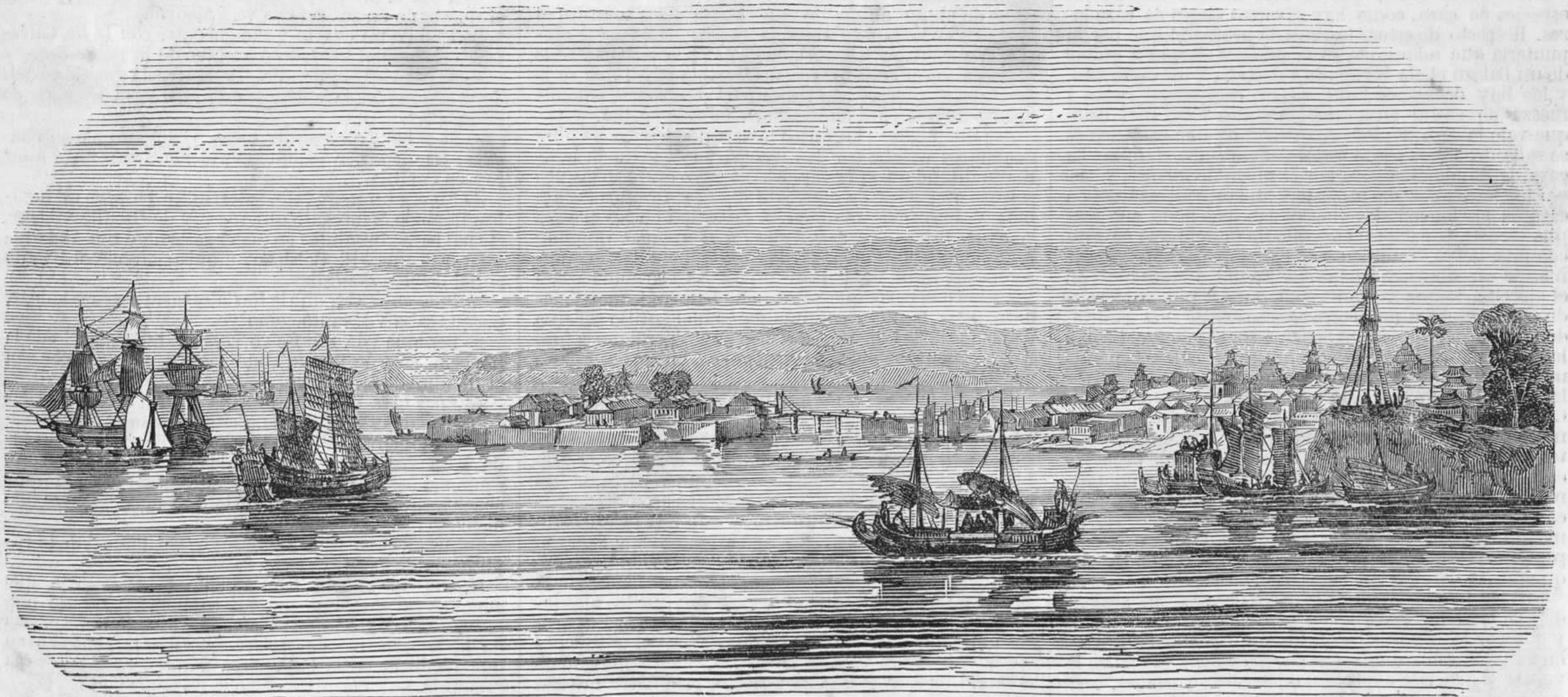
Mientras los pueblos avanzados en la carrera de la civilización tienden á la fraternidad que un día debe producir la union, aunque nunca la confusion de las

nacionalidades, vemos otros obstinados en perpetuar los límites groseros que impiden toda comunicacion exterior, como generalmente se verifica en las regiones africanas y asiáticas dominadas por el islamismo, en algunos puntos de Europa, tales como la Rusia, donde los occidentales no pueden penetrar sin luchar con grandes obstáculos, y sobre todo en la China y el Japon, pueblos devorados por el egoismo y el recelo, que no tienen comparacion con otro alguno de la tierra como no sea el Paraguay en la América del Sud, el cual por fortuna es una rara excepcion en aquellos climas. Nada diríamos acerca de este fenómeno inexplicable si de él no resultasen inconvenientes al progreso político, moral, industrial y científico del mundo entero; pero es sensible que el alejamiento de la sociedad culta en que dichos pueblos vejetan los mantenga en ese estado de inercia intelectual tan contrario á sus mismos intereses, impidiendo al resto del mundo las ventajas del comer-

cio y hasta del estudio de nuestro planeta del que tanto fruto podrian sacar la geología, la astronomía y la navegacion. Bajo este punto de vista son laudables los esfuerzos hechos por la Inglaterra para llevar la civilización de los europeos á las remotas regiones del Asia, si bien confesamos que estos esfuerzos envuelven cierto interés que desvirtúa en parte sus ventajas.

Sabido es que hasta el día solamente los holandeses por una de esas excepciones que nadie se sabe explicar, han logrado fácil acceso en las costas del Japon. Sin embargo, como dijimos en el número 45 de nuestro periódico, los Estados-Unidos han llegado ya á introducirse en aquellos mares visitados solo hasta hoy por los holandeses, y como complemento de lo que dijimos, ó sea tambien para dar á nuestros lectores una idea de las poblaciones del Japon, insertamos hoy el grabado que figura en esta primera página.

Este grabado es una vista de la ciudad de Nangasaki



Vista de Nangasaki, ciudad del Japon.

visitada por el almirante Cecilio quien de concierto con el comodoro americano Biddle acometió la empresa siempre atrevida de aquellas tierras donde la curiosidad de los extranjeros se castiga con la pena de muerte. Verdad es que los dos jefes coaligados para esta expedición que por otra parte no envolvía idea alguna de hostilidad, reunieron cinco buques de guerra que podrian hacerse respetar en cualquier punto y ocasion. Así debió comprenderlo el gobernador de la isla de Dinsú

quien prometió á los marineros europeo y americano hacer llegar una carta de estos al emperador.

El almirante Cecilio obraba en esta empresa conforme á las instrucciones que recibiera de visitar los países remotos del Oriente y sobre todo del imperio birmano, el reino de Siam, la Cochinchina, el Tonquin y el Japon sobre los cuales no posee ningun documento exacto de la marina francesa, y nadie podia hallarse mas á propósito que dicho almirante para la mencionada empresa,

pues á sus reconocidos talentos agrega un conocimiento práctico del mar de las Indias. En efecto la expedición del almirante ha producido importantes resultados que esperamos se multiplicarán en otras expediciones que como es natural se llevarán á cabo felizmente con tal de que la agresión ó la violencia siempre injustificables persuadan á los habitantes de aquellos países de que no hay peligro ninguno en entablar comunicaciones con los pueblos civilizados.

Un viaje á Simancas.

(Tercero y último artículo.)

Entre los vecinos de Simancas á quienes vivo agradecido por los obsequios que tuvieron la bondad de tributarme, figuraba un ciudadano cuyo apellido no podré nunca olvidar siquiera por la rara circunstancia de que coincidía con un defecto físico del individuo, aunque el tal defecto debería mas bien calificarse de exceso. Llamábase dicho señor D. Florentino Seis-dedos, y tenía efectivamente seis dedos en una mano, que no recuerdo si era la derecha ó la izquierda: solo conservo en la memoria la idea de que el defecto, ó si ustedes quieren el exceso-físico en cuestión era tan hereditario como el apellido en la familia de D. Florentino. Su abuelo tenía seis dedos, su padre seis dedos, él y sus hermanos seis dedos, todos sus hijos tenían en fin seis dedos, y la mujer de D. Florentino que era una señora estimada por sus prendas morales, temblaba á la sola idea de dar á luz una criatura con cinco dedos, porque la honra de aquella buena señora dependía ya hasta cierto punto de legar á sus descendientes la falta hereditaria del marido. Así, cada vez que venía un nuevo fruto de bendición en aquella familia, no se preguntaba si era varón ó hembra, sino cuantos dedos tenía, y la fiesta del bautismo se celebraba con doble regocijo por el feliz alumbramiento y por el sexto dedo de la criatura.

He dicho que la imperfección de la mano coincidía con el apellido de D. Florentino, y quizá esta circunstancia no era tan casual como parece á primera vista, pues tal vez en los tiempos en que los remotos ascendientes de dicho señor adoptaron el expresado apellido, lo tomaron de la mencionada imperfección, aunque nada se ha podido saber sobre el particular. Lo único que yo sé de positivo es que D. Florentino tenía en el pleonismo de sus manos un comodín que satisfacía siempre á las exigencias de su vanidad. Si jugaba mal á la pelota ó al billar, si era mal tirador de escopeta, si cometía en fin cualquier falta en los ejercicios que dependen de la agilidad de las manos, la culpa no era suya sino del dedo. Jamás había usado guantes porque decía y con razón que era imposible hallarlos en ninguna fábrica del mundo acomodados á sus manos, ó por lo ménos á la mano del dedo, y sin embargo estaba orgulloso con aquella falta que era *sobra*, porque cuando disputaba con alguno en términos de llegar á las manos podía hacer esta amenaza que solo pertenecía á los individuos de su familia: «cállese Vd. si no quiere que le eche encima los seis dedos.»

Era D. Florentino un rico propietario que contaba en el número de sus propiedades un monte situado á dos ó tres leguas de Simancas, y así el obsequio mas natural y digno que creyó hacerme fué el de convidarme á una cacería, convite que yo acepté con mucho gusto, aunque siempre he sido poco aficionado á la caza, quizá porque he sido siempre mal cazador.

Mis lectores saben que en este mundo hay varias especies de caza, como hay diversas clases de cazadores. Respecto de estos, los hay de profesion que por la puntería que adquieren en la práctica, llegan á quitar de un balazo el ala izquierda ó derecha á un mosquito, y los hay de afición, que cazan rara vez ó cazan á fuerza de gastar en municiones diez veces mas de lo que vale la caza con que vuelven muy ufanos. Además se sabe de ciertos cazadores de afición que compran la caza, gastando el dinero por el gusto de mentir, y por eso los cazadores de profesion andan generalmente á caza de los aficionados que aflojan mas de lo que vale una ternera por tener el orgullo de presentarse en casa con una liebre. También hay cazadores, y aun compañías de cazadores, y hasta regimientos de cazadores en el ejército, lo que se comprende muy bien considerando que la guerra no es otra cosa mas que una cacería, donde los que cazan se exponen á ser cazados, así como la caza es una batalla de hombres armados, generalmente contra seres inofensivos que no pueden volver las tornas, ni siquiera con los ardidés de la diplomacia. Citaré por último otra clase de cazadores que no cazan nunca, como no cazan alguna peluca ó puntapié, y estos son los lacayos de los grandes señores que suelen ir en la trasería de los coches muy engalanados con plumas sin ser aves, con uniforme sin ser militares, y con un machete ó espada de que nunca hacen uso, de modo que todo en ellos es fachada, todo mentira, empezando por el nombre y acabando por donde ustedes quieran.

En cuanto á los diversos géneros de caza, me abstendré de citar los que pueden considerarse como ilícitos y que por lo comun tienen lugar en poblado; diré solamente de estos que están comprendidos todos en la vulgar y genérica expresión de la *caza de gangas*, caza que tambien podía tomar el nombre de pesca.

La caza en el campo puede ser con galgo, pero esta se limita á la persecucion de las liebres, porque mientras no tengamos galgos con alas no debemos pensar en emplearlos contra las perdices; puede tambien verificarse con huron, el verdugo de los conejos, pero esta caza es innoble por su forma y por lo comun muy pesada, pues el tal huron suele cebarse en la sangre de los conejos que es para él una especie de narcótico, y así ocurre algunas veces que el vícho se queda dormido y hace estar de plantón á los cazadores hasta que despierta. Queda pues la caza de ojeo que es la mas divertida y la que por esta razon eligió para obsequiarme D. Florentino Seis dedos.

Esta caza consiste en colocar á los cazadores escalonados en una direccion dada y en frente de ellos forman

línea paralela unos cuantos hombres que dan voces, sacuden con palos las encinas, y tocan diferentes instrumentos, andando siempre hacia donde están los de las escopetas, de modo que con aquella gresca y gritaría que arman espantan á los conejos, liebres y perdices que se hallan al paso, y los pobres animales huyen de Málaga para entrar en Malagon, viniendo generalmente á recibir en la mitad de su carrera la muerte, una herida ó cuando ménos un susto que no deben echar del cuerpo fácilmente.

El ojeo á que me refiero fué como todos, alegre, porque es imposible no estarlo cuando el silencio del campo se ve interrumpido por una serenata infernal en que uno canta, otro grita, uno toca la dulzaina y otro el almirez, uno hace variaciones de jota, y otro acompaña seguidillas manchegas, en fin donde toda esta música recibe luego el refuerzo atronador ya que no armónico del tiro, y el rumor de las hojas y de las yerbas agitadas por los conejos y liebres que brincan de contento cuando ven pasado el peligro y alegran á los cazadores cuando entregan la piel. Si algo hubo de nuevo en el ojeo de que voy hablando, fué debido únicamente al carácter particular y á las extrañas cualidades que para la caza manifestamos los que tomamos parte en aquel simulacro de caza.

Confieso francamente que siempre he sido torpe para las armas de fuego; para matar un buey á la distancia de treinta pasos necesito tirar por la parte mas corta treinta veces, y sin embargo puedo decir con orgullo que yo era el mas hábil tirador de todos los cazadores invitados por D. Florentino.

Pueden ustedes figurarse como se burlarian de nosotros los conejos que tanto abundaban en el monte, y para los cuales nuestras escopetas llegaron á ser una especie de reclamo de que se burlaban impunemente. Como los cazadores eramos muchos y las escopetas de dos cañones, cuando se presentaba la caza resonaba en toda la línea un fuego graneado que imitaba perfectamente el redoble de un tambor, y el resultado de todo aquel estrépito podía expresarse por el siguiente parte de cierto general que reasumia de esta manera las ventajas de la victoria:

«Entre muertos, heridos y prisioneros... ninguno.»
Desgraciado, muy desgraciado era el conejo que perecía en la refriega y podía decir que no eran los perdigones los que le quitaban la vida sino la fatalidad, el destino, la suerte, ese incomprendible misterio á que damos el nombre de casualidad. El afortunado conejo que tenía serenidad para dar tiempo á la puntería escapaba sano y salvo, y si alguno matabamos era porque apuntábamos á otro.

Pero el mas desgraciado de todos era el dueño del monte porque no solo no se estrenó en los tres dias que duró el ojeo, sino que estuvo cuatro veces á punto de perder la vida, y diré como.

Hallábase D. Florentino en el punto que se le habia designado, esperando la caza con la mayor calma del mundo, cuando de pronto sintió un ruido detrás de él como de algun animalito que removía los tomitos al pasar: volvió rapidamente la cara y la escopeta creyendo encontrar liebre ó conejo, pero la escopeta se le cayó de las manos al ver un terrible jabalí que se le acercaba al parecer con siniestras intenciones, dándole apenas tiempo para encaramarse en una encina.

— ¡Un jabalí! ¡un jabalí! exclamó el buen hombre cuando ya andaba por las ramas, y este grito de alarma se difundió con la rapidez del rayo entre todos nosotros, que lejos de esperar á la fiera, tiramos las armas y buscamos tambien la salvacion en los árboles como D. Florentino Seis-dedos, ó si ustedes quieren, como el célebre Carranza. En aquel momento se presentó una nube de liebres y conejos cruzando sobre nuestras escopetas que yacían en el suelo, y uno de los animalitos tocando con una pata en el gatillo de una de las escopetas hizo salir el tiro cuyos perdigones fueron á clavarse en el tronco del árbol en que se guarecía D. Florentino.

He aquí la ocasion en que podían haberse vuelto las tornas siendo los hombres cazados por los conejos; pero afortunadamente los enemigos tuvieron piedad de nosotros y huyeron sin producirnos mas daño que el susto que dieron á D. Florentino. La segunda parte de esta peripecia fué mas cruel: los ojeadores asombrados de no haber oido mas que un tiro, y aun este fué disparado por un conejo, cosa que ellos ignoraban, llegaron hasta nosotros y se desternillaban de risa viéndonos encaramados en los árboles. Nuestra incapacidad para la caza era tan visible, que el respeto con que los ojeadores debían tratarnos, se convirtió en desden, y nosotros teníamos que aguantar las burlas de los tios á quienes sobraba la razón para desdeñarnos, puesto que uno de ellos sin mas arma que un buen garrote habia muerto de un trancazo al jabalí que nos hizo arrojar las escopetas.

Al dia siguiente nos levantamos temprano resueltos á volver por nuestra honra mancillada, pero nuestra impotencia era tan grande como nuestro deseo. Paseabamos el monte en todas direcciones, hacíamos unidades, decenas, centenares de descargas y todo inútilmente. En una de estas repeticiones nos dijeron los inteligentes ojeadores que estuviésemos prevenidos porque íbamos á ver mucha caza, y yo decía para mi capote, la verás, pero no la catarás. En efecto nos pusimos en orden, y cuando esperábamos oír las voces de los ojeadores, oímos la voz de D. Florentino que gritaba otra vez furioso:

— ¡Un jabalí! ¡un jabalí!!!

— ¡Qué diablo! dije yo para mí, no parece sino que

los jabalíes se han propuesto matar á todo trance al dueño del monte en pago de la hospitalidad que le deben; y jugando el todo por el todo me encaminé al sitio del peligro resuelto á matar al jabalí ó á morir con honor; pero grande fué mi sorpresa al ver que el animal que D. Florentino habia tomado por un jabalí era un conejo de los mas hermosos que he visto en mi vida. Le tiré como era natural, y no le maté como era consiguiente, porque lo raro entre tales cazadores hubiera sido que diésemos en el sitio hacia el cual dirigiamos la puntería. El conejo huyó sin decir porqué, y todos los cazadores volvieron á bajar de los árboles á donde nuevamente se habian encaramado, pero allí acabó la fiesta del segundo dia de caza porque D. Florentino se habia sobrecogido de tal modo con el susto que le dió el conejo á quien tomó por jabalí que fué necesario llevarlo entre cuatro á la casa del guarda donde le entró una calentura que le duró hasta cerca de media noche.

El peligro del tercer dia fué del modo siguiente. Habia yo oido estas palabras que el guarda dirigia á D. Florentino: «Tenga Vd. fija la vista en esa zarza porque ahí debe de venir á guarecerse una liebre en este ojeo,» y con esta advertencia tenia yo la vista clavada en la zarza resuelto á descargar sobre ella tan pronto como notase allí el menor ruido ó movimiento. Pero D. Florentino que no queria errar el golpe tirando desde lejos se deslizó por entre las encinas yendo á ocultarse en la susodicha zarza cuyas ramas empezó á mover con el roce del cuerpo: yo, creyendo que aquel movimiento era producido por la liebre, me eché la escopeta á la cara y empecé á andar despacito hacia la zarza diciéndole para mí: ahí está ese pobre animal que va á pagar por todos. Dudaba si apuntar un poco mas alto ó mas bajo, y me decidí á dirigir la puntería al medio, pero en el momento en que iba á soltar el tiro hice ruido con los piés. D. Florentino que oyó este ruido, se levantó gritando como de costumbre: ¡Un jabalí! ¡Un jabalí! visto lo cual yo bajé mi escopeta contento de no haberla descargado, pues tal era la desgracia de D. Florentino, que yo que no aprovechaba un solo perdigon tirando á los conejos, probablemente no habria desperdiciado uno solo apuntando sin saberlo al cuerpo de aquel buen hombre. Entónces nos persuadimos de que D. Florentino estaba destinado á perecer en la cacería, y allí se acabó el ojeo. Pero ¿qué digo? allí es donde el ojeo empezó realmente, pues convencidos de nuestra incapacidad, dimos las escopetas á los ojeadores que en ménos de tres horas nos trajeron cuarenta y dos piezas entre conejos y liebres, y regresamos á Simancas llevando aquel trofeo postizo de las glorias de nuestra expedición.

Así acabó la cacería, y al dia siguiente tomé la diligencia para Madrid, abandonando con pesar el pueblo hospitalario de Simancas cuya etimología voy por último á referir á ustedes.

Estaba yo preparándome á emprender la marcha cuando oí decir á mi patrona:

— A ver si me proporciona Vd. otro francés, porque el que tenia en mi casa se va á Madrid.

Sali yo de mi cuarto y me encontré con la tia Calesparra que era el verdadero archivo de la poblacion.

— A propósito, dije, tia Calesparra, ¿me sabrá Vd. decir porqué le han dado á este pueblo el nombre de Simancas?

— Sí señor, contestó la vieja, y empezó así su relacion: ha de saber Vd. que cierto maragato llegó á ser rey de Castilla....

— No era un maragato, interrumpí yo, sino un hombre llamado Mauregato que fué rey de Castilla y Leon, el cual para consolidar su poder se coaligó con Abderramen, rey moro de Córdoba, á quien ofreció el tributo anual de cien doncellas.

— Pues entónces, dijo la tia Calesparra, excuso hablar, porque sabe Vd. tanto como yo.

— Perdone Vd., repuse yo, conozco este episodio de la historia, pero ignoro la conexión que pueda tener con el nombre de Simancas.

— Pues oiga Vd., continuó la vieja: desde que las doncellas de este pueblo supieron la suerte que las esperaba, tomaron todas la resolucion de cortarse un dedo para ver si por esta falta las rechazaba el moro, como así fué, porque el rey de Córdoba al ver á las muchachas que llevaban un dedo de ménos, las despidió diciendo:

— Así mancas, no las quiero; y ahí tiene Vd. la explicacion de lo que deseaba saber.

Mucho me gustó francamente la etimologia que cuento aquí tal como me fué contada; y no me pregunten ustedes, porque se suprimió la A de la respuesta de Abderramen, pues tendré que dar la contestacion que recibí de la tia Calesparra á quien hice la misma pregunta. — ¿Porqué se hizo la tal supresion?

— Porque.... *velay*.

J. M. VILLERGA.

Historia de la semana.

Mientras se abren de par en par las puertas de los salones parisienses para dar entrada en ellos á la dorada muchedumbre amante de las polkas y mazurkas, la gente de tono se recrea ejecutando comedias caseras ó oyendo simplemente la lectura de alguna obra dramática que debe figurar próximamente en los carteles de alguno de los teatros principales. Regular-

menta estas lecturas se verifican en Paris no por los autores, sino por un cómico de nombra.

Antiguamente la alta sociedad francesa era mas escrupulosa acerca de este punto. La crónica del último siglo cuenta que en una reunion de nobles no se quiso admitir á un cómico famoso para que leyera una comedia de una celebridad de aquellos tiempos, por la razon de que habria sido necesario mandarle que tomara una silla y se sentara.

Un cómico sentado ante un auditorio como aquel, era una monstruosidad sin ejemplo en los anales de la nobleza. Mas valia que un marqués cualquiera destrozara los versos de la pieza, con tal de que sus blasones le permitieran sentarse entre sus oyentes.

El mártir último se leyó con toda solemnidad una comedia nueva, en casa de un marqués amante de las letras, por un actor muellemente sentado en un sofá sin asombro de nadie. El cómico dijo los versos con la maestría con que declama en el teatro, y el marqués y toda aquella reunion aristocrática le trató como á un hombre obsequioso, que habia tenido la bondad de contribuir á sus placeres.

Al despedirse, el noble se guardó bien de ofrecerle un salario; pero sabiendo que el actor es aficionado á las curiosidades literarias, le suplicó que aceptara como recuerdo una coleccion de cartas autógrafas de actores y de escritores de fama. El lector se dió por satisfecho con este regalo de un gusto delicado.

Las mujeres no suelen contentarse con tan finos obsequios.

Una cantatriz célebre fué invitada el último invierno á tomar parte en un concierto en casa de un personaje apasionado por el arte musical, que despues de haberla acogido con las mayores atenciones, no atreviéndose á ofrecerle dinero y queriendo darla algo de mas valor que una joya, la envió el manuscrito de una ópera de Rossini, escrito todo él por la mano del inmortal maestro. ¿Qué presente mejor para una verdadera artista?

La cantatriz, que era bastante interesada, no comprendió esta delicadeza tan generosa y exquisita, y devolvió el regalo con un billete en que decia que ella habia sido pagada siempre con metálico, y no en viejos cuadernos manuscritos.

Pero apenas habia enviado su mensaje, cuando se presentó en su casa un rico aficionado, y la dijo:

— Sé que ha recibido Vd. un precioso manuscrito musical, y si quiere Vd. deshacerse de él, se lo pagaré como es debido.

— ¿Se burla Vd. de mí, caballero? exclamó la cantatriz con una viveza algo insolente.

— Nada de eso, señora mia.

El aficionado creyó que se formalizaba, pues que habia supuesto en ella la intencion de vender el manuscrito, y trató de atenuar su falta; pero la cantatriz le sacó de su error con estas palabras:

— ¿Y cuánto cree Vd. que vale el manuscrito que me pide?

— ¿No está escrito enteramente de mano de Rossini?

— Sin duda; pero ¿cuánto me daría Vd. por él?

— Contaba ofrecer hasta cuatro mil duros.

— Caballero, le repito á Vd. que se burla de mí, y que no estoy en ánimo de aguantar sus bromas.

— Pues yo tambien repito que no es así, y en prueba añado que aquí está mi dinero.

Y sacando una cartera del bolsillo, puso sobre la mesa en billetes de banco la cantidad de cuatro mil duros.

La cantatriz estupefacta y aterrada vió que la oferta no tenia nada de engañosa.

— ¡Es cierto! exclamó torciéndose los brazos con desesperacion.

— Aquí está el dinero, repitió el comprador ignorando la causa de aquellas convulsiones; venga el manuscrito.

En el mismo instante volvió el mensajero trayendo en cambio de los viejos cuadernos de Rossini una carta pidiendo mil perdones á la cantatriz acompañada de seis onzas de oro.

La avidez, rara entre los artistas, es á veces muy mala consejera.

Esta anecdota nos recuerda otra que, aunque no es del dia, queremos consignar aquí por su chistosa originalidad. Tambien se trata de una mujer de teatro aficionada al dinero.

Parece ser que un rico lord de Inglaterra honraba con un afecto particular á esta otra cantatriz, gratificándola á menudo con sus liberalidades. La cantatriz no habia cogido en su vida un libro; y la lectura la horrorizaba.

— Voy á corregir á Vd. de ese defecto, le dijo un dia el lord avergonzado de la ignorancia literaria de su protegida.

En efecto, al siguiente dia la envió un libro ricamente encuadernado, y compuesto de hojas blancas entre cada una de las cuales habia un billete de banco de 200 francos. El volumen contenia unas cien páginas.

El regalo era tan inglés en la forma como ingenioso en el fondo. La cantatriz halló que la obra era muy buena, que estaba bien escrita, y sobre todo que presentaba un interés extraordinario.

Al hojear este libro de sana literatura, la cantatriz tuvo una idea luminosa, cual fué la de no decir una palabra al autor de aquel presente regio.

En efecto, la taimada guardó un silencio que picó la curiosidad del inglés hasta tal punto que este no pudo ménos de entablar el diálogo siguiente:

— ¿No ha recibido Vd. un libro que la envié en casa el otro dia?

— Sí por cierto.

— ¿Y cómo no me dice Vd. qué le ha parecido?

— Amigo mio, respondió la cantatriz con su voz melodiosa, presumo que la obra tendrá mas tomos, y reservaba mi opinion para despues de haberla leida toda.

El inglés se sonrió y envió á la mañana siguiente otro volumen del mismo género, terminado por una hoja á cuyo pie se leian estas palabras: *Fin del segundo y último tomo.*

La cantatriz está sintiendo todavia que fuese tan corta la obra. De repente la habia entrado una fuerte pasion por el es-

tudio, y confesó que habria devorado una biblioteca compuesta de tomos como aquellos.

Pero viniendo á cosas mas recientes, vamos á trasladar aquí una corta escena de interior, que se ha hecho célebre estos dias en el mundo literario.

Una señora, famosa por su ingenuidad y sencillez, recibió el juéves último en su casa la visita de un autor dramático acompañado de su señor padre, que cuenta ya una edad avanzada.

El uso del cigarro es ya tan familiar en Francia entre todas las clases, que al cuarto de hora de conversacion, el dramaturgo en cuestion pidió permiso á la señora para encender un rico regalo de la Habana.

— ¿Qué gusto encuentra Vd. en el tabaco? preguntó desdeñosamente la señora; esa planta exótica, además de tener un sabor muy desagradable, es nociva á la salud, y acorta la vida.

— ¡Oh! en cuanto á eso, respondió el autor, me parece que anda Vd. muy equivocada; y la prueba es que mi señor padre, aquí presente, fuma desde su niñez, y en el dia tiene mas de setenta años.

— Sí, lo creo; pero tambien le aseguro á Vd. que ahora tendria lo ménos ochenta, si nunca hubiera fumado.

Hablemos un poco de literatura. El doctor J. Veron, que tan gran papel ha desempeñado en Francia como publicista despues de la revolucion de febrero, acaba de publicar el primer tomo de sus Memorias, que comprenden la historia política de la Francia desde el pasado imperio hasta el actual. Este primer tomo se halla tan lleno de anécdotas curiosas sobre los hombres y las cosas de todo este tiempo, que en vez de analizarle preferimos transcribir aquí uno de los pasajes que mas han llamado la atencion á primera vista, y es el relativo al gran compositor Rossini, con quien el doctor estuvo muy ligado, en razon á que este fué despues director del gran teatro de la ópera francesa.

Dice de este modo:

« El genio de Rossini fué el que llevó á cabo la gran revolucion musical en Europa. Quien se presente en Francia revestido, aunque temporalmente, de cierta fuerza que trastorna antiguos abusos y hace cosas nuevas y de utilidad, puede estar seguro de que los necios lo denigrarán. El señor vizconde Sosthene de La Rochefoucauld, encargado de la direccion de las bellas artes, comprendió el genio de Rossini, y le abrió la caja y las puertas de la ópera de par en par; esto fué causa de que todos los periodiquillos de la época se ensañaron con el vizconde de La Rochefoucauld y se le burlaran á mas mejor. Afortunadamente las flechas de la necedad y de la envidia jamás han muerto ni herido á nadie.

« El vizconde de La Rochefoucauld ligó á Rossini con la Francia por un contrato en regla. Por cada ópera de las que hiciera Rossini, y se obligaba á escribir á lo ménos una por año, el maestro recibiria una prima de diez mil francos, además de los derechos de autor que eran bastante módicos; pero lo mas importante que M. de La Rochefoucauld hizo en favor de Rossini, fué lo siguiente: le dió cantantes. Nourrit, hijo, se escribió de nuevo en la ópera, Levasseur y madama Damoreau dejaron por la ópera el teatro italiano. La academia real de música tuvo un tenor, un bajo y una prima dona; y púdose entonces en los últimos años de la restauracion, 1828 y 1829, hacer ejecutar una traduccion de *Moisés*, otro del *Silio de Corinto*, la ópera en dos actos *El conde Ory* y la grande ópera enteramente inédita *Guillermo Tell*.

« La gloria de la ópera francesa data de esta época; la gloria de un teatro hace bien pronto su fortuna: todo el mundo se apresuraba á concurrir á las representaciones de las hermosas obras de Rossini; pero la academia de música estaba administrada por la casa real, y era costumbre, en la alta sociedad sobre todo, no pagar palcos ni lunetas, sino pedir las como de derecho. Los grandes ingresos de la ópera no han empezado hasta que estuvo bajo mi direccion; pero para dar al César lo que pertenece al César, debo decir que he recogido lo que un hombre de genio y lo que un gran señor habia sembrado en el rico terreno de la ópera.

« Por desgracia con la revolucion de julio, los cantos de Rossini habian cesado. Hice mil esfuerzos para obligar á Rossini á que escribiera una nueva ópera; mas á pesar de la cordial benevolencia con que me honraba, Rossini resistió á mis ruegos; liquidó una pension de 6,000 francos, que aun percibe, y despues de un viaje á España, se retiró á Italia.

« Este viaje á España nos valió el *Stabat Mater*, que se ejecutó en el teatro italiano. El Excmo. Sr. D. Manuel Fernandez Varela, comisario de cruzada, célebre entonces en Madrid por su gusto para las artes y por el lujo de su palacio, dió un dia una magnífica fiesta en honor de Rossini. En el comedor estaban escritos con flores todos los títulos de las partituras de Rossini. La piedad y la pasion musical del señor Varela le impulsaron á pedir á Rossini un trozo de música religiosa: el maestro se obligó á ello, tuvo palabra, y dedicó su *Stabat Mater* al señor Varela.

« El *Stabat Mater* se cantó por primera vez en la iglesia de San Felipe el Real, el juéves Santo del año de 1833, en presencia de la corte, de toda la nobleza y de todo lo principal de Madrid. Las costumbres españolas no permiten que las mujeres canten en las iglesias, y hubo necesidad de adaptar á las voces de los hombres lo que Rossini habia escrito para voces de mujeres.

« El *Stabat Mater* fué despues ejecutado en el teatro italiano de Paris con un éxito ruidoso. La carta siguiente de Rossini á su amigo Valdés, español amable y de talento, que se ha hecho parisiense, muestra todo el interés y toda la importancia que Rossini daba á esta composicion.

« Mi querido amigo,

« He recibido su última carta y la de los señores de la municipalidad; pero habiendo partido Tressini para Madrid, nada ha podido concluirse. Siento que no haya podido arreglarse el ajuste de Rubini, porque estoy seguro de que

este artista hubiera hecho furor en la bella capital de España.

« El nuevo embajador de Francia se ha encargado de remitir el *Stabat Mater* al comisario de Cruzada. Quisiera de que Vd. me informara de cuando se ejecuta y de si ha parecido bien ó mal. En fin, déme Vd. noticias; á decir verdad, me ha costado mucho trabajo esta obra, sobre todo para el acompañamiento, lo cual está fuera de mis hábitos. Espero su contestacion. Diga Vd. á los señores del ayuntamiento que no les escribo por no tener nada que comunicarles, pero que pueden como Vd. disponer de mí.

« Burdeos 18 de agosto de 1832.

« ROSSINI. »

« Despues del *Stabat Mater*, Rossini se ha perdido para el arte y para los gozes musicales del mundo entero.

« Rossini vive hoy como un honrado aldeano en su retiro; ha dejado á Bolonia por Florencia, se ha casado hace muchos años con la señorita Olimpia Pelissiea, que jamás llama á su marido mas que *mi inmortal* Rossini, y vive lleno de honores en Florencia. Tiene en su casa once criados y tres doncellas para el servicio de su esposa. Tiene carruaje de mañana, carruaje de tarde y carruaje descubierto, todos para el uso de su señora. El gran maestro hace sus negocios y sus visitas á pié y con el paraguas debajo del brazo. Todos los años Rossini va á las aguas de Monte-Catini, mas que por él, segun dicen, por su perro; el resto del verano lo pasa en su villa del Dante, situada en uno de los mas bellos panoramas de las cercanías de Florencia.

« El maestro tributa un afecto complaciente al arzobispo de Florencia, Minucci, melomano que canta lo mismo la parte *bufa* que la *seria*, este melomano mitrado no se pone jamás al piano sin tener á su lado una taza de caldo frío; porque dice que el caldo frío aclara y da mas fuerza á su voz. Rossini le acompaña y le prodiga sus consejos. El arzobispo de Florencia tiene ochenta y siete años. Por aquí se ve que Rossini no ha perdido el gusto de formar discípulos.

« Rossini acaba de comprar un palacio magnífico, el palacio Pucci, que le costará 400,000 francos; destina además una suma de 50,000 francos para amueblar el departamento particular de su *pobre mujer*, como él la llama.

« Rossini no ha dejado de amar la música, y sus amigos íntimos, que son muy pocos, están convencidos de que á su muerte *se encontrará quizá todavía algo bueno entre sus desechos*. Son sus mismas palabras.

« Este año presenta á su mujer en la corte; y con este motivo acaba de regalarle magníficos diamantes.»

Hasta aquí habla el doctor Veron; nosotros solo añadirémos que no pensamos detenernos en este punto, y que otro dia sacaremos de su obra otras anécdotas que no dejarán de divertir á nuestros lectores.

MARIANO URRABIETA.

6 noviembre de 1833.

Cartas sobre la Escocia.

IV.

Apreciables amigos:

Escribo á Vds. esta última carta desde Oban, pues he querido reservar para desenlace de mi correspondencia la descripcion de las islas de *Mull*, *Yona* y *Staffa*, como que se trata de las mas interesantes y curiosas de mi viaje.

Diré á Vds. desde luego lo que es la isla de *Mull*, que hay que atravesar para llegar á *Yona*.

Mull es entre las Hébridas una de las mayores: tiene un suelo volcánico, cubierto de altas montañas sembradas de gargantas profundas, de barrancos inmensos y de grandes torrentes; por todos lados el aspecto es allí sombrío y salvaje; véense restos de la mas remota antigüedad, piedras druidicas, torres y obeliscos del tiempo de los daneses, y todo esto elevándose entre los matorrales solitarios. Sobre uno de los picos escarpados se elevan como nidos de aves de rapiña las ruinas de *Duart-Castle*.

Tal es la idea general de la isla, sin hablar de su rica vegetacion, de la variedad de sus flores que nos embelesaban á lo largo de la costa. Descendimos resueltos á atravesar la tal isla á pié, y un campesino nos indicó el camino de *Kean-loch*, del cual distabamos solo doce millas; pero ¡ay! yo ignoraba que las millas de Escocia son como las leguas de España, interminables. Mi compañero y yo echamos á andar, y cuanto mas andabamos parecia estar mas distante el punto á donde nos dirigiamos. Vino la noche, oscura y solitaria; en uno de los sitios mas salvajes encontramos á un pobre highlander que no podia hacer á su caballo sacar un carro atollado en el camino; empujamos á las ruedas, y gracias á este auxilio el carretero pudo continuar su marcha, bien asustado por cierto de habernos encontrado, como que el temblor que de él se apoderó no le permitió darle las gracias, y apostaria yo á que todavia está creyendo el infeliz que fué el diablo quien le prestó aquel servicio.

Pronto una lluvia repentina nos hizo buscar un abrigo bajo el ojo de un puente; allí encendimos nuestro cigarro, y durante media hora estuvimos oyendo los truenos, caer el agua y murmurar el riachuelo que corria junto á nosotros.

Huminados por un relámpago, volvimos ó tomar el camino que estaba cubierto de sapos y cortado de vez en cuando por los torrentes que descendian de las altas montañas.

De nuevo empieza la lluvia, pero con mas fuerza que ántes. ¿Qué hacer?... Hundimos nuestros sombreros hasta los ojos, bajamos la cabeza y seguimos andando precipitadamente, ya tropezando con un peñasco, ya cayendo en un atolladero. No importa, dijimos, adelante... pero el caso era que nunca llegabamos al lugar indicado por el campesino. ¿Le habriamos entendido mal? ¿Nos habria engañado? A cada paso nos asaltaba la incertidumbre, aumentando sus efectos con todo lo que heria nuestros sentidos. Aquí un fuego fatuo brillaba en un lugar pantanoso, allá el quejido lastimero de un ave del mar lamentándose como un niño que llora, mas léjos el canto de un gallo. ¿Habremos llegado? deciamos, pero nuestro viaje tenia trazas de no acabar nunca...

Por fin, ahorrando digresiones, llegamos á Keanloch; llamamos muchas veces á la puerta de una posada que nos abrió una maritónes medio dormida; nos introdujo en una habitacion decentemente amueblada, nos preparó primero una buena lumbre, despues las camas, y he aquí concluidas las fatigas del dia y de la noche, sin haber visto apénas nada en la mitad de nuestra jornada por haber caminado en medio de una oscuridad profunda interrumpida solo de vez en cuando por los relámpagos de la tempestad.

Al dia siguiente anduvimos las diez millas que nos faltaban para llegar al punto en que debiamos encontrar el vapor sobre el cual se atraviesa el pequeño brazo de mar que separa á Mull de Yona; el camino bastante elevado costea el golfo que se sumerge á alguna distancia debajo de la tierra; teniamos á nuestra espalda las montañas de Mull, veladas por la blanca cortina de la niebla, y delante el mar verde como una esmeralda, y engarzado en el oro de las amarillentas arenas. A los lados del camino veiamos las vacas paciendo, redes tendidas al sol, torrentes espumosos, y los pescadores paseando al rededor de sus cabañas; veiamos en fin todas

esas cosas que valen poco cuando se refieren, y que sin embargo forman el encanto de los viajeros.

La isla de Yona, *Ycolmkiln* ó *Ythona* segun los diversos nombres célticos, daneses ó escandinavos que significan la isla de San Columban, la isla de las olas, etc.,

segunda vez debe sumergirse nuestro globo debajo de las aguas.

«Siete años, dice, ántes del dia terrible en que el tiempo termine su carrera, un diluvio sumergirá las orillas de la fértil Hibernia, y hará desaparecer tambien



Jóvenes escoceses.

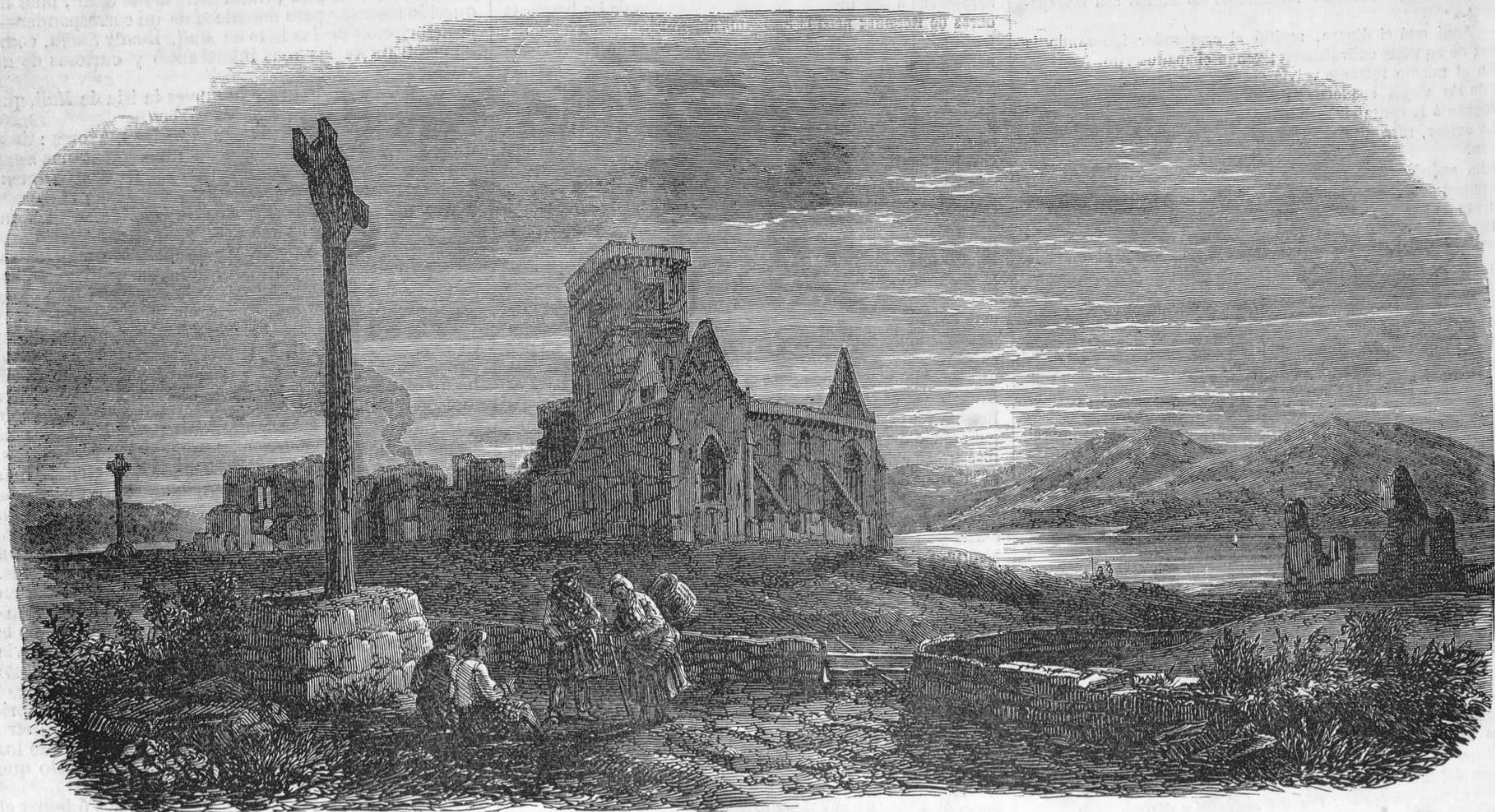
no tiene mas que de 8 á 9 millas de circunferencia, y está situada á 9 millas Sud-Oeste de Staffa.

Allí fué, sobre aquella roca lamida por las olas y perdida entre las nieblas del mar del Norte, donde lanzado como por la mano de Dios aboró milagrosamente San Columban, primer apóstol del cristianismo en la Caledonia. De allí fué de donde partieron los primeros rayos de la nueva luz que poco á poco debia iluminar á la Gran Bretaña.

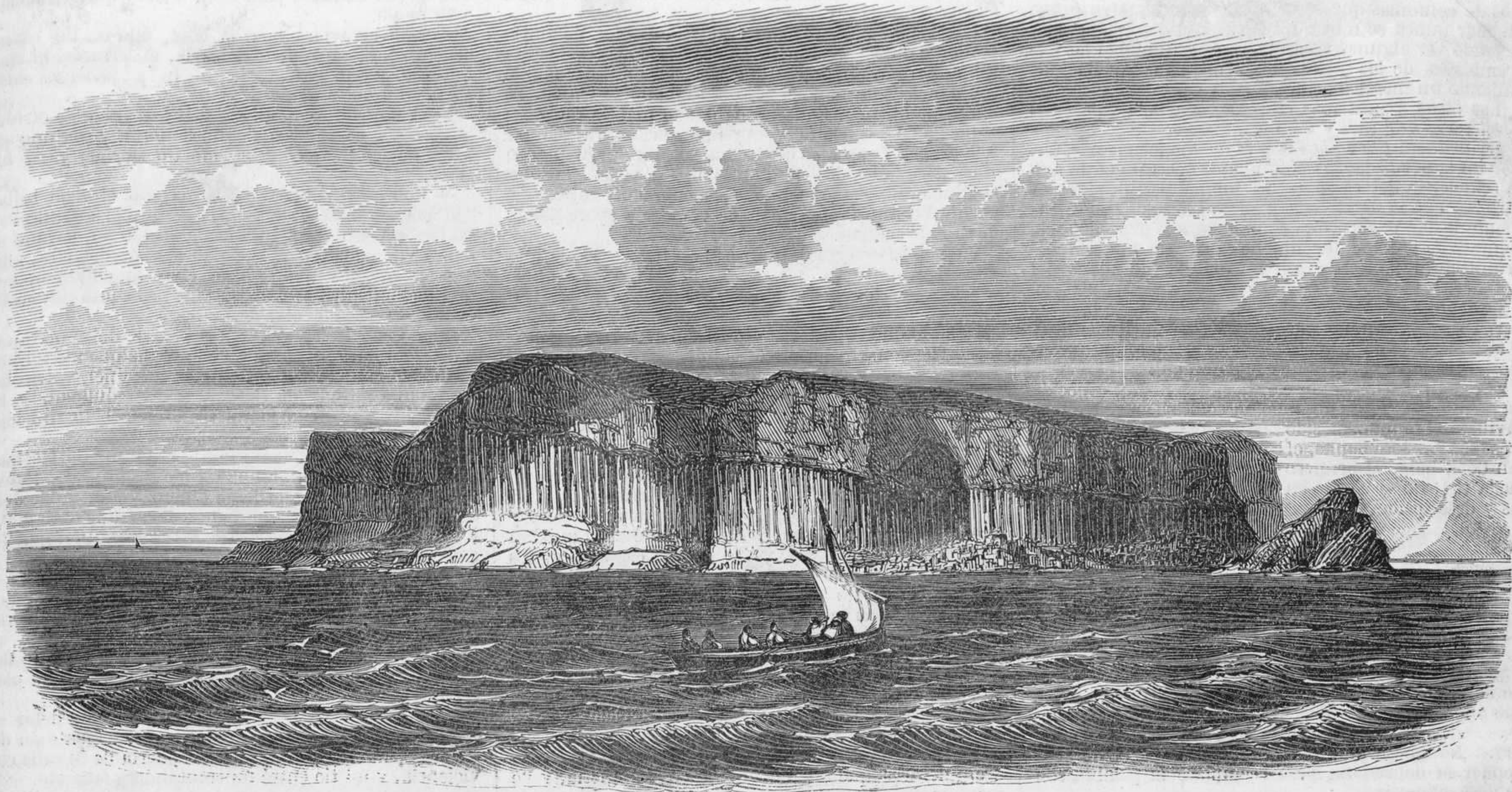
Yona, esta brillante estrella polar de la civilizacion, este faro aislado que resplandece entre las tinieblas de la barbarie. Yona por sus nobles y antiguas ruinas, por sus recuerdos históricos y religiosos que se pierden en la noche de los tiempos, es uno de los lugares mas interesantes, no diré de la Escocia, sino del mundo entero.

Hijo de una familia real de Irlanda, San Columban, hácia el siglo VI fundó sobre las ruinas del druidismo y del culto sanguinario de Odín, una comunidad religiosa que mas se extendió por toda la Inglaterra. En 807 los daneses en una de sus terribles invasiones derribaron el convento y asesinaron á los frailes, pero no pudieron destruir la educacion que estos habian difundido. El convento fué reedificado despues, por cuya razon presenta en su arquitectura una mezcla de géneros correspondientes á muy distintas edades. Cerca del templo se ve una cruz de granito de una sola piedra que tiene unos catorce piés de altura: esta cruz se halla cubierta de adornos esculturados.

He aquí á propósito de Yona la traduccion de algunos versos del doctor Smith Campbetton sobre una antigua leyenda céltica que hace de la isla una nueva arca cuando por



Ruinas de Yona.



Isla de Staffa.

la isla de la verde alfombra (la Irlanda,) en tanto que la isla del grande y buen San Colomban hará fiotar sobre las aguas sus ruinas y sus torres. »

No me detengo mas en la descripcion de estas islas, porque he permanecido poco tiempo en ellas; pero antes de concluir diré algo de Staffa, remitiendo á ustedes los dibujos que he hecho de la famosa gruta de Fingal.

No les pintaré á ustedes nuestra sorpresa, la emocion que experimentamos al ver esta catedral que desde el fondo de las olas eleva sus maravillas góticas en medio de un mar sin límites. Los escoceses la llaman la gruta

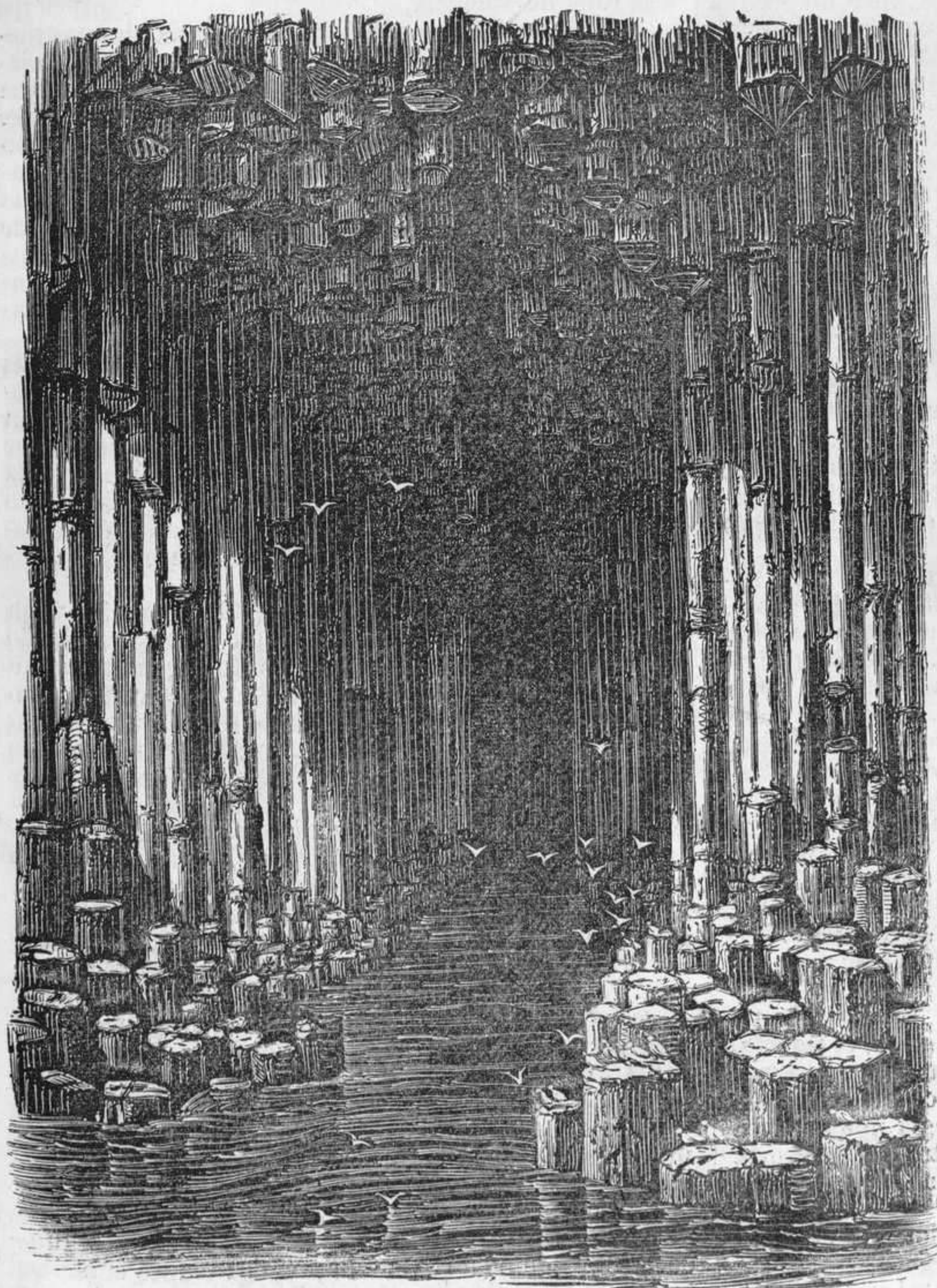
armoniosa por el rumor religioso que producen los órganos hundidos en el centro de ella que al salir hacen temblar las paredes de este edificio, cuya nave principal tiene 230 piés de profundidad.

Nuestro desembarque se verificó en la parte Este de la isla, y pasando á través de los rotos pilares que se hallan amontonados al pié de las columnas basálticas, penetramos con algun trabajo en el interior de la cueva de Fingal. Tan pronto las olas blancas y espumosas subian hasta nosotros como se retiraban abriendo un abismo profundo á nuestros piés. Yo he hecho un croquis del interior de la gruta, hallándome suspendido

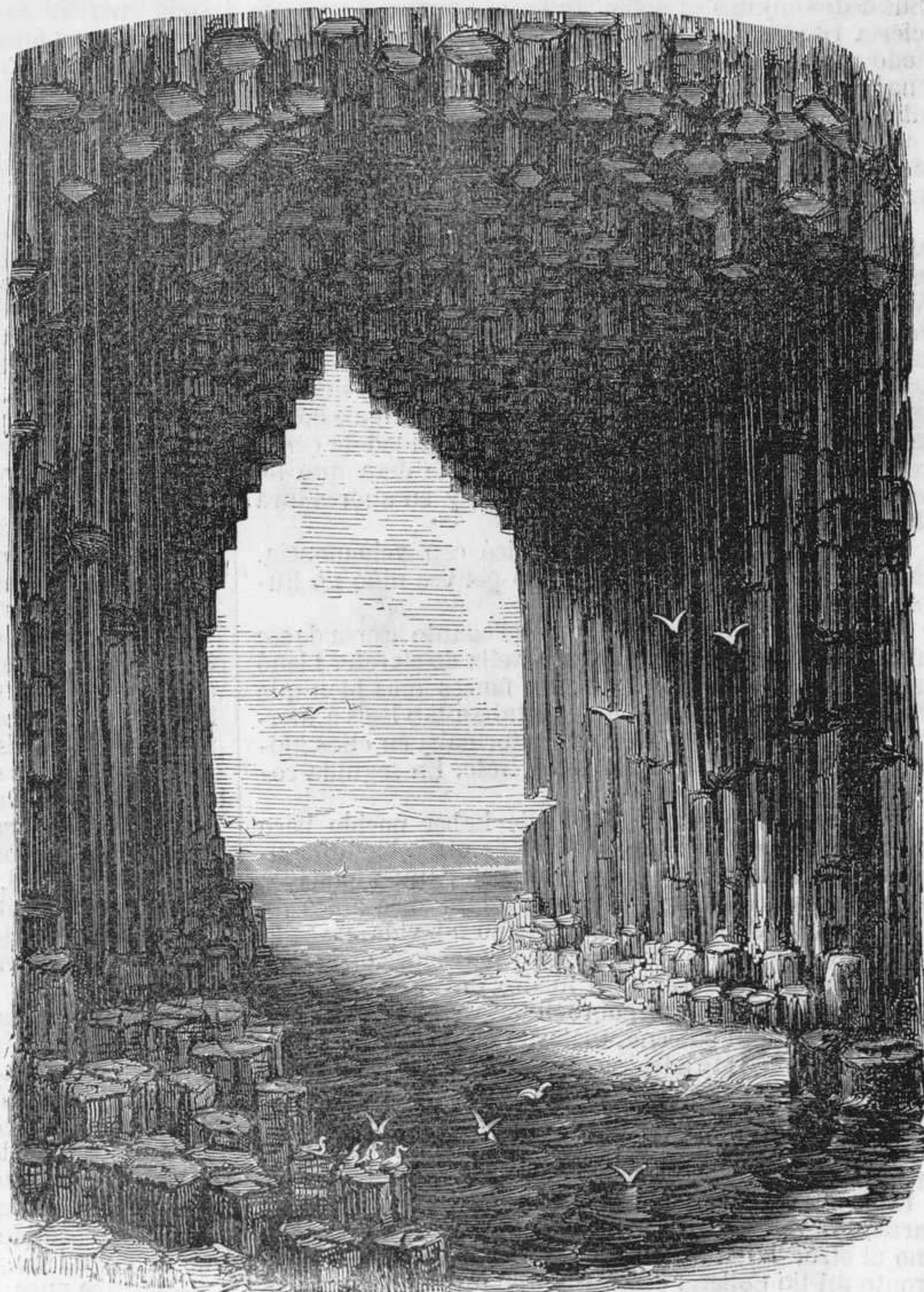
sobre un pilar. Para completar la descripcion de la gruta de Fingal creo que será interesante dar á ustedes aquí sus dimensiones exactas.

Elevacion de la gruta á media marea	66 piés.
Idem de las columnas del lado del Oeste	36 »
Idem de las del lado del Este	20 »
Anchura de la gruta á su entrada	43 »
Idem, idem á sus extremos	22 »
Profundidad de la gruta	230 »

Las columnas de las paredes laterales son perpendiculares; sus diámetros de dos á tres piés, y su forma generalmente pentagonal; algunas sin embargo tienen



La gruta de Fingal vista por fuera.



Interior de la gruta de Fingal.

6, 7 y hasta 9 lados. La bóveda está formada por grupos de columnas que se incluan en la parte superior. El mar nunca se retira de allí, aun en la marea baja, dejando ver algunas veces á gran profundidad las extremidades de los pilares como turquesas talladas, dibujando un mosaico bello y simétrico.

Las otras grutas mas curiosas de Staffa son *Clam Shell cave*, *Boat cave* y *Cormorant cave*.

La primera *Clam Shell cave* es de una forma extraña; por un lado sus largas columnas encorvadas la dan la semejanza del casco de un buque petrificado, por otro los extremos de sus pilares colocados simétricamente le dan el aspecto, es... indefinible, pero alejando siempre la idea de que aquello pueda ser una obra de arquitectura fabricada allí mismo por la mano del hombre.

La segunda *Boat cave*, la gruta del buque es una caverna baja y profunda, accesible solamente por el mar. Y la tercera, la de los *Cormorans* seria interesante y curiosa si se la viese antes que la de Fingal.

¿Creerán ustedes, amigos míos, que Staffa, conocida ya de ustedes, y que no dudo en colocar entre las maravillas del mundo, ha sido casi desconocida hasta nuestros días?... José Banks, el compañero del célebre capitán Cook habló el primero de ella en 1773 y creo que hasta 1821 no se vieron en Francia los primeros dibujos y descripciones de esta maravilla.

M. B.

Un secreto perdido.

De que modo ha llegado la cosa á mi noticia, y quien me la ha referido, importa poco. Baste saber que habia sido ahorcado, y que esta historia es la suya.

— ¿Y cómo, le pregunté, ha llegado Vd. á ser?... No me gustaba decir ahorcado, por temor de ofender su delicadeza, pero reemplacé la palabra con un gesto expresivo.

— ¿Cómo he llegado á ser ahorcado? repitió él con voz ronca. ¿Querria Vd. saberlo, no es verdad?

El estaba sentado en frente de mí, al extremo de la mesa de nogal, sin mas vestido que el pantalón y la camisa, con los pies descalzos sobre la reluciente tarima de encino. Sus ojos tenían un ribete negruzco, y como eran mas redondos que ovalados, con su pupila fija que brillaba friamente en el centro de la órbita, mas bien se parecían á los de una fiera que á los de un hombre. Su frente era tambien de color sombrío y lúgubre; tenia rayas azules, violadas y amarillas como de una contusion de cinco dias. En su barba y bajo de sus orejas se notaba un sudor viscoso, y la brisa del mar que penetraba suavemente por las persianas abiertas (porque la noche era muy calurosa) agitaba los largos mechones de su cabellera negra, haciéndolos parecer á las serpientes de las Furias que rodeaban su cabeza. Sus dedos enjutos se doblaban hácia adentro á causa de cierta rigidez muscular involuntaria, y observé que todo su cuerpo estaba sometido á un temblor nervioso, mas regular que espasmódico, semejante al del hombre atacado del *delirium tremens*.

Yo le habia dado un cigarro. Despues de haber mojado la punta en su boca, dijo dirigiéndome la vista, ó mas bien á la pared por encima de mi silla:

— Es inútil. Puede Vd. atormentarme, despellejarme vivo. Puede Vd. rasparme con limas y cocerme en vinagre, frotarme los ojos con pólvora, no puedo decir á Vd. donde está la criatura. Yo no lo sé, ¡yo no lo he sabido nunca! ¿Qué haré yo para convenceros de que nunca lo he sabido?

— Amigo mío, le respondí, Vd. no sospecha siquiera una cosa, y es, que léjos de desear que me digais donde está la criatura, no tengo la menor curiosidad de conocer su paradero. Permítame Vd. que le diga que no veo la menor relacion entre un niño y su ahorcadura de Vd.

— ¡Qué no hay relacion! replicó con vehemencia. Esa es la relacion, la causa. ¡Sino por ese niño no hubiera sido yo ahorcado!

No acababa de murmurar, y no sé cuanto acerca de ese niño: yo empujé hácia él una botella de clarete. Llenó un gran vaso, que vertió en sus fauces mas bien que bebió, y observé que sus labios estaban tan lisos á fuerza de estar secos, que el líquido formaba en ellos globulitos como gotas de agua sobre hule. En seguida comenzó:

— Tengo la desgracia, dijo, de haber nacido hace treinta y siete años. Yo era fruto de un doble infortunio, porque mi madre era viuda poco tiempo habia, y murió al darme á luz. Cuál era mi nombre antes de tomar la máscara que ha envenenado mi vida, no se lo diré á Vd. Pero no era un nombre patricio, porque mi padre era un tendero, y mi madre habia servido. Desparientes socorrieron al pobre huérfano. Los dos eran tíos míos; el uno paterno, materno el otro. El primero era un marino retirado, rico y soltero; el otro tenia aun su tienda abierta. Era viudo, tenia una hija, y no estaba bien acomodado. Teníanse esa antipatía glacial, fija y vigilante que inspira á un gato montés un perro demasiado grande para dejarse cascar las liendres.

Estos dos tíos jugaron á mis expensas una miserable partida de volante que duró catorce años. Yo iba del uno al otro, igualmente maltratado por los dos. Tan pronto mi tío Collerer descubria que mi tío Morbus me mataba de hambre, y me tomaba bajo su proteccion; otras mi tío Morbus se indignaba por los castigos que

me imponia mi tío Collerer, é insistia en que volviera á su casa.

Los dos me golpeaban alternativamente y me mataban de hambre. Yo intenté con la destreza que inspira mi bárbaro trato, hacer la corte á los dos tíos. Solo lo conseguia lisonjeando el odio mutuo que se tenían. Yo me ponia bien con Collerer hablando mal de Morbus; el medio de ganarle la voluntad á Morbus era difamar á Collerer. Y no creo que fuera yo muy injusto con ellos, porque los dos eran unos malos viejos. Los dos me hubieran dejado perecer en medio de la calle, sino por la esperanza que tenían de ofenderse aparentando que me protegían.

Cuando tuve cerca de quince años, me ocurrió la idea de escoger entre los dos tíos, temiendo venir al suelo el mejor dia entre dos sillas. Naturalmente escogí el mas rico, el marino Collerer; y aunque creo que conocia que lo que yo preferia era su dinero, fingiése satisfecho viéndome maldecir cordialmente á mi tío Morbus, y abstenerme de su compañía; porque en tres años no me acerqué á su casa, y cuando me lo encontraba en la calle, le dejaba libre la acera sin atender á su puño enarbolado, y á las imprecaciones que me dirigia.

Aunque mi tío Collerer habia renunciado al mar, no habia renunciado á ganar dinero. Hacía préstamos sobre prendas, y tenia otros tratallos misteriosos. No tardé en ser su mano derecha, y lo ayudaba á apremiar y pensar á los necesitados, á hacer declarar en quiebra á los pobres mercaderes, y á colgar las espuelas de los pródigos cuando partian á la expedicion, que concluia en la cárcel. Mi tío estaba contento conmigo, y aunque era miserable en casa, yo vivia con la esperanza, como el raton en su agujero.

Mucho tiempo antes habia conocido yo á Mary Morbus, niña delicada y enfermiza; á menudo la habia atormentado y golpeado; á menudo le habia robado sus juguetes. Pero creció con los años en hermosura, y yo me habia enamorado de ella. Nos veiamos de tapadillo en el parque el domingo, cerca de la tienda de su padre, mientras que este dormitaba en la iglesia, y yo me imaginé que comenzaba á quererme. Mi pálido rostro, mis enredados cabellos y mi tosco lenguaje no eran para enamorar á una jóven; pero su corazón estaba lleno de amor. El mio experimentaba sensaciones nuevas. Mis esperanzas se fijaban en una cosa muy diferente del dinero de mi tío. Hicimosnos todas las promesas fugitivas de eterna constancia que se hacen los jóvenes, y aunque sabedores de los odios feroces que se oponian á nuestra dicha, pusimos en manos del tiempo y de la fortuna el cumplimiento de nuestros votos, y continuamos amándonos y esperando.

Una noche, á la hora de cenar, — que consistia en un poco de pan y queso de Holanda, con una pinta de cerveza de mala calidad, — observé que mi tío Collerer tenia el aire mas maligno y sombrío que de costumbre. Hablaba poco, y en su manera de morder parecia que estaba furioso contra lo que mordia.

Concluida la cena, se dirigí á una mesa vieja donde solia guardar sus papeles importantes, sacó un legajo de ellos, y se puso á leerlos. Presté poca atencion, porque aquella era su lectura favorita por las noches, y la víspera de los vencimientos pasaba las horas muertas examinando letras de cambio, y á veces se lamentaba en la cama media noche temiendo que no se las pagasen al dia siguiente. Despues de haber leído y entresacado aquellos papeles, me los echó encima y salió sin decir una palabra. En seguida lo sentí subir á lo alto de la casa donde yo tenia mi cuarto.

Abri el paquete con mano trémula. En él hallé todas las cartas que yo habia escrito á Mary Morbus. Me se figuraba que la habitacion daba vueltas. La página blanca que yo tenia delante y las cartas negras que bailaban encima, era todo lo que yo podia ver. Lo demás, cuarto, casa, universo, no era mas que un abismo tenebroso, imposible de describir. Procuré leer un renglon de los que yo sabia de memoria meses enteros, pero para la turbacion de mis sentidos lo mismo hubiera sido tener á la vista caracteres caldeos. Entónces oí en la escalera el pesado paso de mi tío.

Entró en el cuarto, trayendo consigo una maleta negra en la cual guardaba yo cosas que nadie debia saber.

— Tengo una llave que abre esto, me dijo, y he leído todas las cartas amorosas que esa tontuela te ha dirigido. Pero las tuyas, que me ha enviado anoche tu tío Morbus me han edificado mucho mas. Yo soy un pícaro roñoso, ¿no es verdad? Vd. vive con la esperanza, ¿no es cierto? La esperanza adula, amiguito. Dos palabras tengo que añadir, dijo mi tío, despues de algunos instantes de silenciosa calma, que contrastaba con mi consternacion. Todos sus trapillos de Vd. están en esta maleta. O va Vd. á renunciar para siempre á Mary Morbus, y á escribirselo en mi presencia, ó se va Vd. derecho á la calle. Decídase Vd. pronto y clarito.

Y dicho esto encendió su pipa despues de haberla cargado.

Mientras fumaba él tranquilamente, me ocupaba yo de mi triste deliberacion. El amor, el temor, el interés, la codicia, — la codicia maldita, — triunfaban alternativamente en mi espíritu. Por fin, mi cobardía me inspiró la idea de temporizar: si fingia renunciar á Mary protestándole en secreto mi constancia, yo podria conservar con esta doble maniobra la esperanza de heredar la fortuna de mi tío. Para vergüenza mia adopté este partido, y me mostré decidido á hacer lo que exigia mi tío.

— Escribe pues, repuso tirándome papel y pluma; yo voy á dictar.

Cogí la pluma y escribí no sé el qué, pero supongo

que alguna infamia, para decir á Mary que renunciaba á su mano.

— Esto arreglará bien la cosa, dijo mi tío cuando concluí. No es necesario doblarla, ni cerrarla, ni franquearla, puesto que... ¡hi, hi, hi!... podemos entre-garla en popias manos.

Nos hallabamos en un saloncito separado de otro delantero por una puerta. Mi tío la abrió, y con una cortesía burlesca introdujo á mi tío Morbus y su hija Mary.

— Una carta para Vd., querida, dijo el viejo bribon con risa sardónica; una carta de un fiel amante. Pero no será preciso que Vd. la lea, presumo yo, porque me habrá Vd. oído. Tengo la palabra bastante clara, aunque sea asmático, y no pueda vivir mucho tiempo, — no mucho tiempo, — ¿eh, sobrino? Era una cita sacada de mi correspondencia.

Cuando cogió Mary la carta que le daba mi tío, su mano tembló. Pero cuando yo la rogué que me mirara, cuando la conjuraba á que me creyera fiel, volvió hácia mí una mirada de desdenosa incredulidad, y retorciendo en su mano el miserable papel, lo tiró léjos de sí.

— ¡Vd. casarse con mi hija! gritó mi tío Morbus; ¡Vd.! Su padre de Vd. no ha podido pagar la duodécima parte de sus deudas. Me debia dinero, y aun me lo debe á estas horas. ¿Porqué no habrá leyes que obliguen á los hijos á pagar las deudas de los padres? ¡Casarse Vd. con mi hija! ¿Cree Vd. que querria yo por yerno al hijo de su padre... al sobrino de su tío de Vd.?

Yo pude concebir que el lazo temporal que habia unido á mis dos tíos comenzaba á soltarse, y me alentó una miserable esperanza.

— Salid de aquí, Vd. y su hija, exclamó mi tío Collerer. Ya hemos arreglado este asunto. ¡Ahora partid!

Yo ví á los dos vejetes disputando con voz débil en el corredor, y á Mary que lloraba ardientemente sin decir una palabra. Luego sonó la puerta de la calle con violencia, y mi tío entró murmurando y fatigado.

— Creo que estará Vd. contento ahora, tío, le dije.

— ¡Contento! gritó él, cogiendo el frasco donde tenia el tabaco, como quien quiere tirarlo á la cabeza. ¡Contento! Voy á contentarlo yo á Vd. ¡Lárguese Vd., y que no vuelva jamás á ver yo esa cara patibularia!

— ¿Su intencion de Vd. no es de echarme á la calle? balbuceé yo.

— Andando con ese equipaje. Si tarda Vd. una hora, llamo á la policía.

— ¿Pero dónde iré?

— A pedir limosna; vaya Vd. á hacer el perro mortecino á casa de su tío Morbus. Vaya Vd. á podrirse donde quiera.

Dichas estas palabras, abrió la puerta y me empujó al vestíbulo, del vestíbulo á la puerta, de la puerta á la calle, en seguida me lanzó de un puntapié la maleta, todo sin la menor resistencia por parte mia. Dióseme con la puerta en las narices, y me hallé á media noche á la luna de Valencia.

Aquella noche la pasé en un café. Tenia algunas monedas en el bolsillo, y el dia siguiente tomé un alojamiento de cuatro chelings por semana, creo en una callejuela de Holborn, entre Gray's Sun y Leather-Lane. Mi cuarto estaba en lo mas alto de la casa. La calle hormigueaba de niños haraposos. Yo ocupaba un camaranchon interior, y cuando abria la ventana, solo veia una banda estrecha de cielo, y un horrible monton de chimeneas, tejados ahumados, y la imponente y sombría torre de ladrillos de una iglesia que descollaba sobre todo: donde estaba la iglesia, nunca lo he sabido.

Yo escribia incesantemente cartas á Mary y á mis tíos, pero nunca recibí una contestacion. Yo vagaba todo el dia por las calles, comiendo viandas frias y pan de segunda calidad. Antes de que llegara la noche por la cual suspiraba, me iba á casa para acostarme. De dia no sabia á quien dirigirme para hallar ocupacion, y no conocia ningun medio de conseguirla. La casa que habitaba estaba llena de emigrados extranjeros y de charlatanes, cuya jerga no comprendia.

Mi pequeño peculio disminuia visiblemente, y en diez dias el pensamiento del suicidio habia germinado en mi cabeza. Se necesita hacer cierto aprendizaje para llegar á madurar esta idea. El mejor maestro para ello es ese estado de abandono en medio de la multitud, un alimento insuficiente y la perspectiva de morir de hambre despues de gastar el dinero que se posee, y vender la casaca y el chaleco. Él os pone la mente en el estado que se caracteriza en los tribunales de enagenacion temporal. Yo resolví morir. Gasté mi último cheling en láudano comprado en diferentes boticas, con el pretexto de padecer dolor de muelas, porque yo sabia que no daban dosis grandes á un desconocido. Llevé los diferentes frascos á mi casa, y vertí el licor en un vaso roto que tenia sobre mi aguamanil. Cerré la puerta con cerrojo, me senté encima de mi fatal maleta, y procuré orar, pero no pude.

Eran cerca de las nueve de la noche; estabamos en verano, y el cuarto estaba en lo que se llama entre dos luces. Cuando me hallaba sentado en mi maleta, oí un ruido grande, una mezcla confusa de voces irritadas, sin comprender una sola palabra. El ruido fué seguido de un pistolotazo. Ahora lo oigo tan distintamente como veinte años hace; despues sonó un segundo. Asomándome á la ventana, ví dos manos cubiertas de sangre, y oí una voz que pedia socorro por el amor de Dios. Sabiendo apenas lo que hacia, atraje al cuarto un cuerpo cuya figura no era mas que una masa de

sangre, como una careta carmesí. En el sitio en que lo despusé, permaneció plantado sobre sus pies. Su mirada era la de un hombre que ha mirado largo tiempo al sol. Despues comenzó á moverse, recorrió la habitación, y dejó en todas partes señales de su sangre. Yo lo seguía sin saber que hacía. Por fin cayó de bruces en mi cama.

Encendí como pude una vela. Estaba muerto. Sus facciones estaban tan mutiladas, tan desfiguradas por el fuego y la sangre, que era imposible distinguir una sola. Sin duda había recibido el tiro á bocajarro, porque parte de sus cabellos negros estaba quemada. En la mano izquierda tenia una pistola que evidentemente acababa de ser disparada.

Veinte minutos por lo ménos estuve sentado junto á aquel objeto horrible, aguardando el resultado de la alarma que no podia ménos de darse, y consultando lo que debía hacer. Pero todo permaneció tan silencioso como un sepulcro. Parecía que nadie de la casa había oído el pistoletazo, y nadie de fuera había prestado atención. Yo miré por la ventana; pero la sombría masa de tejados y chimeneas se había oscurecido, y no ví moverse nada. Solo la luz que saqué fuera alumbró tristemente un mar de sangre debajo de la ventana.

Comencé á pensar en que podría ser acusado del asesinato de aquel desconocido. Yo que poco había quise darme la muerte, tuve miedo y me puse á temblar como las hojas con la idea del suplicio. Procuré entonces persuadirme que no era mas que un horrible sueño; pero en la cama, allí estaba el cadáver, y las señales de su sangre se veían en la mesa, en la cortina, en las paredes del cuarto.

Examiné con mas detencion el cuerpo. El muerto era de mi estatura y mi corpulencia. Con respecto á su edad, yo no podia juzgar. Sus cabellos eran largos y negros como los míos. En uno de sus bolsillos hallé una cartera conteniendo una porción de papeles escritos con letra muy fina y menuda, y en un idioma que me era desconocido. Había además una suma considerable en billetes de banco. En el chaleco tenia un reloj de oro, y en un cinto rodeado al cuerpo llevaba doscientos soberanos ingleses.

¿Qué demonio me inspiró aquel registro? lo ignoro; pero pronto tomé mi determinación. Como Minerva de la cabeza de Júpiter salió completamente armada de mi cerebro. He aquí el plan que concebí. El muerto sería el vivo, y el vivo el muerto. En ménos tiempo del necesario para contarle, despojé al cadáver, lo vestí con mi traje, tomé el suyo sin olvidar la cartera, ni su reloj, ni su cinto. En seguida tiré la vela encendida á la cama, me metí el sombrero hasta los ojos, y bajé á paso de lobo. No encontré á nadie en la escalera, y salí á la calle. Nadie me seguía. Solo cuando atravesaba Holborn á la altura de la iglesia de San Andrés ví las bombas de apagar incendios que venían con estrépito, y cuando pregunté con aire indiferente donde había fuego, me respondieron que era hácia Gray's inn Lane.

Aquella noche no dormí en ninguna parte. No recuerdo bien lo que hice; tengo un recuerdo confuso de haber tirado soberanos sobre mesas de café resplandecientes de gas. Todavía no sé como no me caí muerto de embriaguez, teniendo tan poca costumbre de beber. Al día siguiente por la mañana leí en un periódico lo siguiente:

Sicidío é incendio cerca de Gray's inn Lane.

« La noche última, los habitantes de Hustle Court, Gray's inn Lane, han sido alarmados por torbellinos de humo que salían de las ventanas del n.º 3 de esta court, ocupada por una casa *amueblada*. El dueño, M. Plose, entró en un camaranchon del tercer piso, y halló á M... que la ocupaba muerto suicidado con la pistola que este desgraciado tenia aun en la mano. Sea por el contacto del taco encendido ó por otra causa, el fuego prendió en la cama, y se quemó con parte de los muebles.

» Las bombas llegaron prontamente, y con mucho trabajo se logró apagar el fuego sin mas daño que el causado en la habitación de la víctima. El cuerpo y la cara del muerto estaban horriblemente mutilados; pero sus papeles y vestidos han ofrecido indicios para comprobar su identidad.

» No se conoce la causa de este acto de desesperación, y aun parece que si hubiese prolongado algunas horas mas su existencia hubiera adquirido la fortuna de treinta mil libras esterlinas, como heredero de su tío Gripple Collerer, que había fallecido la víspera.

» La policía ha instruido el competente sumario, y lo ha trasmitido al tribunal del distrito para los efectos convenientes.

Todo lo había perdido, nombre, existencia, treinta mil libras, por unas cuatrocientas en oro y en billetes.

— Entonces supongo, dije, aprovechando una pausa del ahoreado, se ha presentado Vd. mismo á fin de probar su personalidad de Vd., y no habiéndolo conseguido, ha sido Vd. ajusticiado por asesino é incendiario.

Yo aguardaba una respuesta. Él había encendido un cigarro y lo fumaba. Viéndolo tranquilo, juzgué á propósito no estimularlo con nuevas preguntas, y esperé á que él lo hiciera cuando quisiese. No tuve que aguardar mucho rato.

— No, repuso él; seguí siendo lo que fui aquella noche, y aun lo soy, si por acaso soy algo todavía. Aquel mismo día en que pareció el artículo citado partí en la diligencia. Mi deseo era alejarme de Lóndres y salir de Inglaterra.

Llegamos á Hull. Fuíme desde Hull á Hamburgo, que era el puerto que tenia mas cercano. Allí viví seis me-

ses en una fonda barata y solitaria, procurando en ese tiempo aprender el alemán; porque examinando bien la cartera adiviné que muchos de los papeles que contenían estaban escritos en aquel idioma. Yo era mal estudiante, pero al cabo de seis meses yo había recogido bastante caudal de alemán para saber que el muerto se llamaba Muller, y que había estado en Francia, en Rusia y en América.

Logré traducir algunos fragmentos de un diario que llevaba en el Nuevo-Mundo, pero se reducían á *impresiones de viaje*. De vez en cuando hacia ilusiones á su secreto y su misión, pero qué secreto era el suyo y cuál su misión no pude saberlo nunca. También se trataba de una *zagala*, de un *tigre azul*, de una *gazela*, nombres ficticios, supongo yo, para designar relaciones suyas. La mayor parte de los papeles estaba escrita con una cifra que no pude comprender, por mas que hice. Tomé el nombre de Muller, que era por otra parte muy común en Hamburgo, y nadie descubrió mi usurpación.

Tenia la costumbre de ir todos los días á fumar mi pipa á una gran taberna de extramuros, y por lo general se sentaba en la misma mesa que yo un hombrillo rechoncho con un gaban gris, que bebía cerveza y fumaba sin cesar. Yo era suspicaz y evitaba el trato, pero poco á poco establecimos los dos relaciones pacíficas de taberna.

Una noche que habíamos consumido mucho tabaco y cerveza, me preguntó si había probado la cerveza de Baviera, añadiendo que era mejor que todas y que dejaba muy atrás aun á las demás de la Alemania, por lo cual me ofrecía pagar liberalmente un jarro. Yo estaba alegrillo y consentí. Bebimos, pues, una botella de Baviera, otra y otra, de tal suerte que á puro de beber y de fumar, y de oír el *chic chac* de los dominós me se andaba la cabeza.

— Ahora, dijo mi camarada, vamos á echar un traguillo de aguardiente. Yo lo tomé siempre despues de la cerveza bávara. No lo beberémos aquí, sino al lado, en Grune Gans, tienda honrada de Max Rombach, que es un hijo de viuda.

Hallábame yo en ese estado en que se quiere beber con mayor afición cuanto mas se ha bebido, y seguí al hombre del gaban gris. Cuantas copas de aguardiente consumimos lo ignoro; pero al día siguiente me encontré en la cama con dolor de cabeza y sed rabiosa. Mi primer movimiento fué saltar al suelo y buscar la cartera. Había desaparecido. Pregunté á los criados de la fonda, pero nadie me dió razon de ella. Yo había sido conducido muy borracho en un carruaje por un hombre de gaban gris que dijo ser mi amigo, y que me ayudó á subir la escalera y desnudarme. Las averiguaciones hechas revelaron que era un ladrón. Evidentemente no lo había tentado el dinero, porque los billetes que me quedaban habían sido extraídos de la cartera donde yo los tenia, y los hallé perfectamente doblados en el bolsillo del chaleco.

Por la noche volví á la taberna sin la menor esperanza de hallar allí á mi compañero, pero con intento de preguntar acerca de él.

Con gran sorpresa mía lo hallé en la mesa acostumbrada, fumando y bebiendo como todos los días; y á mi saludo glacial respondió alegremente suponiendo, dijo, que mi cabeza no se habría resentido del *chubasco* de la víspera.

— Una palabra, le dije.

— Con mucho gusto, replicó. Y poniéndose su sombrero de alas anchas, me siguió al jardín que había detrás de la casa, con sorprendente prontitud.

— Anoche estaba borracho, comencé yo.

— ¡Bah! respondió él imperturbablemente.

— Y aprovechando mi embriaguez, se me ha robado la cartera.

— ¡Ba! repitió él con la misma calma.

— Y me atrevo asegurar sin la menor duda, que vos sois el ladrón.

— ¡Ba! Teneis razon, hijo mio, replicó él con la mayor sangre fría. Yo he cogido vuestra cartera. Aquí la tengo; mirad.

Se golpeó el pecho y ví dibujarse claramente bajo el paño de su gaban gris la forma cuadrada de mi cartera con el cierre en medio. Salté sobre él con intencion de arrancársela, pero él evitó con presteza mi ataque, y apartándose un poco, hizo sonar agudamente un silbato de plata. Al instante cayó sobre mi cabeza una capa ó un paño. Sentí que me ataban las manos con una cosa blanda, y sin darme lugar para defenderme, fuí cogido y arrebatado.

Dios sabe á donde.

Detuvimos pronto, fuí subido mas alto, pusieronme en una silla, una puerta se cerró con violencia, y un movimiento de ruedas me probó que me hallaba en un carruaje.

(Se continuará).

La Siempreviva.

Las frescas auras pasaron,
Y las mañanas de abril:
En el ameno pensil
Las flores se marchitaron.
El sol ardiente de estío
Quemó del árbol el velo,
Y por alfombra del suelo
Tendió su manto sombrío.

Hasta las flores partidas
El huracan se llevó
Y yermo el vergel quedó
De sus amigas queridas.

Mas de ese lago á la orilla,
Y entre la arena y la nieve,
¿Qué flor es esa, que aun mueve
Su frágil sien amarilla?

¿Porqué tanto mereció
Si tan pocas merecieron,
Que entre tantas que murieron
Ella sola aun no murió?

¿Qué espera allí solitaria?
¿Qué guarda con tal desvelo?
¿Viene á dar sombra y consuelo
A esa tierra hospitalaria,

De otras flores sepultura,
O viene allí á escanecer,
Su muerta pompa de ayer,
Con mostrarlas su hermosura?

No: ella viene á suspirar
Por sus hermanas queridas,
Que secas ya y esparcidas
Vió á la tormenta arrastrar.

Ella recuerda angustiada
Sus frágiles compañeras,
Que pasaron tan ligeras
Dejándola abandonada.

Creció en medio de otras flores,
Y como amante y hermana
Llora la muerte temprana
De sus sencillos amores.

Bien debe estar dolorida;
Pues sin amigos advierte,
Que es un consuelo la muerte,
Y que es un dolor la vida,

Pues verse sin un amigo
De nuestra primera edad,
Y en eterna soledad
Sin tener ni aun testigo

Que goce en nuestro placer
O sienta en nuestro dolor,
¿Es el tormento mayor
Que se llega á padecer!

Si la vida es el amor,
Siempreviva, pues perdiste
Las prendas que mas quisiste,
No es vida la tuya, ó flor;

Sino un tormento infinito;
Ejemplo que nos descubre
Que eterno el pesar se encubre
En este mundo maldito.

Yo, si me llega á faltar
La flor, que la Providencia
Para adornar mi existencia
Quiso del cielo arrojar;

Hermana de mis amores,
Dulce mitad de mi vida,
Esperanza prometida
A mis sueños seductores:

Si me falta esa mujer
Para cuyo amor nací,
Pues desde niño sentí
Que era el alma de mi sér.

Yo no sabré resistir
Como tú estás resistiendo,
El vivir ¡ay! padeciendo,
Si el padecer es vivir.

Y al lado del tallo yerto
De mi flor marchita y muerta,
Verás que hasta mi angustia
Para mostrarme allí muerto.

Mas no quiero entristecerte:
Harto comprendo tu afán,
Pues no hallas ni un huracan
Que piadoso te dé muerte.

Por eso creces así
Tan desdeñosa y severa,
Y haces que tu tacto hiera
Como me has herido á mí.

Pues al notar la aspereza
De tu escabroso boton,
Comprendí tu corazón
Lleno de ira y de tristeza.

Sufre; tu fin llegará,
Solitaria siempreviva:
El huracan que hoy te esquiva
Al cabo te arrastrará!

Porque no hay duda, perece
Cuanto existe en este suelo;
¡Este es un grande consuelo
Para el triste que padece!

GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.

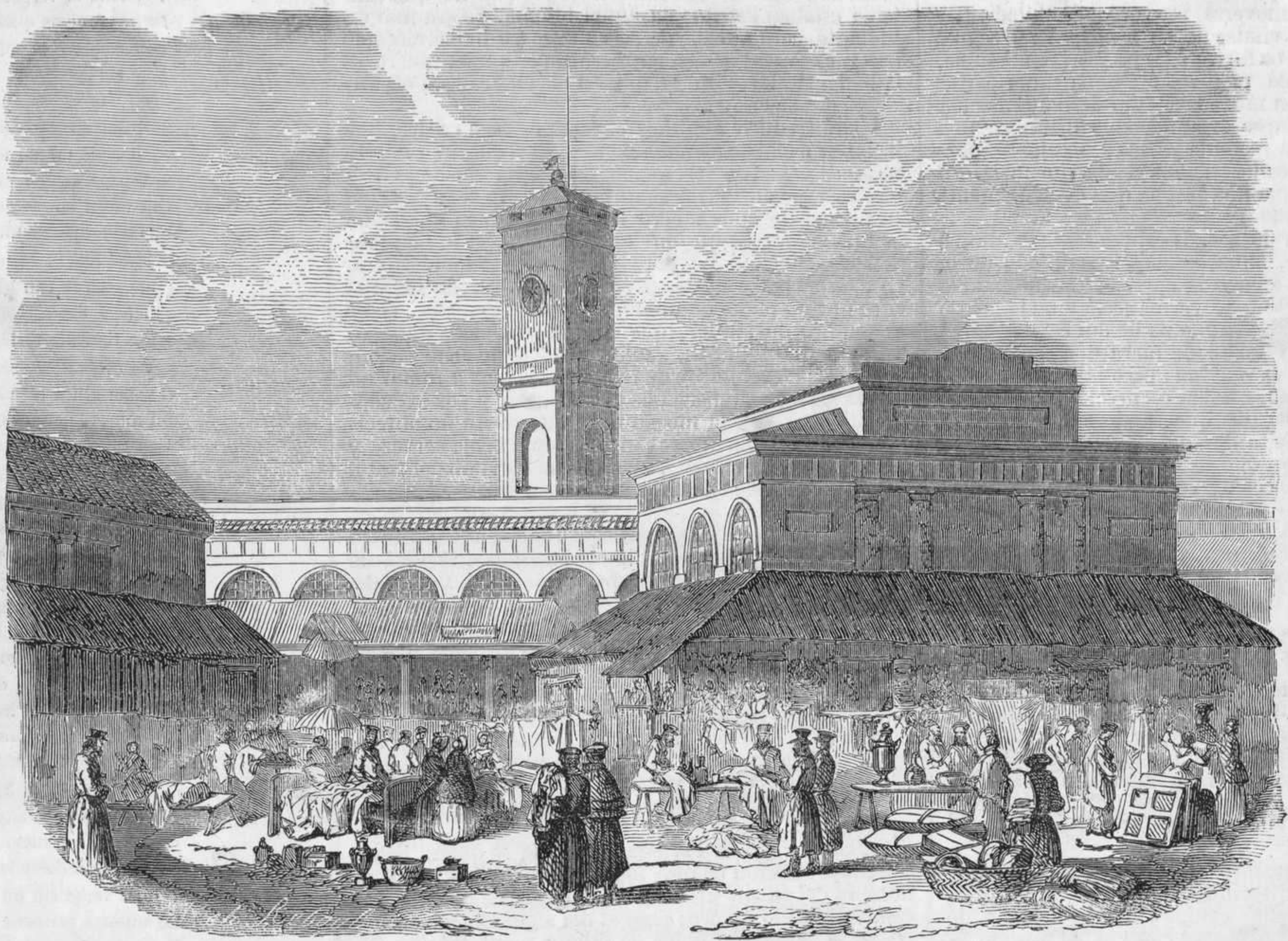
Oficios menados en Rusia.

El espíritu mercantil es un rasgo característico del carácter moscovita. Se puede asegurar que ni el inglés, cuya vida parece resumida en el contrato de compra y venta, ni el griego, cuya sutileza halla en el comercio pábulo y alimento, pueden ofrecer la equivalencia de las disposiciones singulares que convierten al ruso de todas clases en traficante activo, resuelto, y amante del lucro. Esta inclinación no es solo propia de los habitantes de las ciudades; el campesino siente su estímulo, y muchas veces deja la agricultura para dedicarse aun al más reducido comercio.

El afán constante del *mugik* o paisano es llegar á *mesquinino*, es decir, á lograr de su señor autorización para ejercer la profesión de vendedor, autorización que rara vez se le niega si reúne las condiciones necesarias, con una buena conducta. Sufrido y astuto, económico, pensando en formar un peculio que le permita entrar en una de las tres clases de mercaderes, según la contribución que puede pagar, no se cree completamente feliz hasta que pueda poseer cuatro caballos, que es el privilegio de los primeros mercaderes.

No hablarémos aquí del *mugik* que se dedica á una profesión manual, á la tenería, alfarería, etc.; estimulado por el mismo espíritu que mueve al *mugik* mercader, el espíritu de astucia aplicado á la industria.

Hemos dicho que esta afición mercantil era un rasgo de carácter nacional; esto es decir que conviene á todas las clases de la sociedad, inclusa la de la nobleza. El viajero inglés Daniel Clarke refiere que el príncipe Trubezkoi se dedicaba con calor al tráfico de objetos raros y viejos, desplegando una habilidad incomparable. Su casa era un provisto almacén de esas mercaderías que constituyen una especie de almoneda, tales



Bazar viejo en Odesa.

como cuadros, libros, perfumería, utensilios de toda especie, etc. « Yo doy mi palacio al que lo compre, decía el príncipe, á rublo por pieza. » Esto nos dispensa de dar otra prueba del genio mercantil que pintamos. Otro hecho probará la extensión de esta tendencia tan viva que intenta lucrar de algún modo, y que cunde por toda la sociedad. Hasta los militares sienten la sed del lucro. Con mucha frecuencia se ve á los soldados dedicarse á algún tráfico cuando vuelven á sus hogares después de pasada la época de las maniobras. Los jefes mismos reúnen al mando la cualidad de proveedores, y fácilmente se conciben las concusiones á que esto dará lugar á pesar de toda la vigilancia que pueda ejercerse. Este abuso lo *ilustrará* bien la anécdota siguiente, por improbable que parezca. Cuéntase que un jefe trataba tan mal á sus soldados, que estos enflaquecían visiblemente. La época de la inspección general llegó; cualquiera que no fuera un coronel ruso se hubiera alarmado. El nuestro formó su regimiento en batalla; y mientras el general recorría el frente, algunos hombres iban por detrás apretando de tal suerte á los soldados la hebilla del corbatín, que de buenas ó malas sus caras macilentas se ponían encarnadas y repletas. — Hemos dicho que la anécdota parecía improbable, aunque recogida en Rusia. Pero aun en su invención mostraría el espíritu de mercantilismo que hemos indicado, y por esta razón hemos dado cuenta de ella.

Pero no le bastaría la cautela ni el amor del dinero al ruso, si no reuniera en sus negocios la inteligencia que combina los medios, la prudencia que decide de las operaciones, y la actividad que multiplicando el capital, funda fortunas sólidas. Se puede asegurar que el comerciante ruso, cualquiera que sea su clase, reúne todas estas cualidades, admira el verlas practicar hasta en el comercio de los cosacos.

Este comercio sumamente curioso, descansa en el principio de la asociación. En la temporada de las ferias, los habitantes de un pueblecillo se organizan en sociedades de diez ó doce personas bajo la dirección de un jefe que ellas eligen. Contribuyen para pagar la contribución del jefe, de quien ellos son solo legalmente dependientes y comanditarios. La sociedad ya constituida compra la mercancía que se divide entre los asociados, y estos con el saco al hombro se van en distintas direcciones para reunirse en un punto convenido. Despachados los artículos, se compran otros, cuantas veces se puede, hasta que de regreso á sus hogares, se reparten por el jefe las ganancias. Esta manera primitiva de negociar marca un singular instinto por el comercio y una inteligencia de su economía.

Esta tendencia natural al lucro se enlaza con la emancipación de los siervos, y por más que se diga que su condición les es indiferente, como ella influye en la de la fortuna, ambas se estimulan recíprocamente. La situación del mercader ruso ha sido muy triste durante mucho tiempo, á causa del abuso que los señores cometían, apropiándose el fruto de la industria de sus siervos. Hoy se han disminuido estos abusos por un sentimiento de equidad que se desarrolla y penetra en la legislación que preside á las relaciones de los siervos con sus señores.

Examinada en general la situación del mercader ruso bajo el punto de vista de las costumbres del país y las instituciones, se ve que se ha mejorado mucho, y que las ventajas inherentes á ella son muy preciosas, de suerte que el siervo se dedica al tráfico con preferencia á la agricultura, porque encuentra más medios de fortuna y de emancipación.

Además, la agricultura forma una corporación, y en una sociedad que tiene por base el orden gerárquico, es interesante formar parte de la escala. El comercio da también acceso á empleos honoríficos, como los de alcalde, regidor, juez de paz, jurado, asesor, que son desempeñados por los mercaderes de las tres clases según la importancia de sus funciones. He aquí lo que escribe M. Adolfo Zando á este propósito:

« Los mercaderes de las tres gildas, después de haber hecho el comercio honradamente durante cierto tiempo, (la primera gilda durante diez años, la segunda veinte, y la tercera treinta) pueden obtener la ciudadanía notable, personal ó hereditaria.

» Esta posición les da privilegios iguales á los de la nobleza hereditaria, y los exime del pago de contribuciones directas

» Los mercaderes pueden ser nombrados individuos de ayuntamiento, y recibir condecoraciones por servicios prestados al país, que llevan consigo la ciudadanía notable.

» Los hijos de estos notables hereditarios son admitidos en la carrera militar y civil al par de los nobles.

» La ciudadanía notable puede ser concedida por servicios prestados á la patria, fundaciones benéficas, etc.

» Los alumnos de escuelas y academias de comercio adquieren igualmente la ciudadanía notable al acabar



Mercader en té, en Moscou.



Mercadera en ropa vieja en Moscou.



Panadero en Moscou.

sus estudios, prerogativa de que gozan los hijos de los nobles, cuando no entran á servir al Estado.»

Estos privilegios estimulan el comercio, pero no creemos que el mugik que se libra al tráfico piensa solo en los empleos honoríficos; él sigue la tendencia nacional. En esta clase de traficantes parásitos es donde se puede observar el desarrollo de la astucia moscovita. No hay comercio ni industria, por pequeños que sean, en que el ruso no introduzca su abundante capital de perspicacia y maña.

El mesquinino es obsequioso é insinuante; es un judío forrado de italiano. Su sagacidad le hace descubrir mil industrias nuevas, que egerce con éxito constante. No tiene rival para encarecer su mercancía. Robusto y sufrido resiste la intemperie y las fatigas.

Las pequeñas industrias de las ciudades difieren poco de las de la Europa Occidental. Además de los panaderos ordinarios se ven los ambulantes que venden panecillos para el té, llamados *kalatch*, de buen gusto y de forma ovalada. Abiertos por el centro, el panadero los lleva ensartados como cuentas de rosarios. Una especie de pastel seco, redondo y cubierto de anís, ofrece un ramo importante de comercio.

El carnicero aunque tenga su puesto de carne, entra

en la categoría de los buhoneros, porque vende la carne al aire libre en el invierno cuando está helada. El comprador se ve obligado á comprar un cuarto de la res. Esta costumbre no tiene allí los inconvenientes que podría tener en otra parte, porque todas las casas tienen nevera para conservar la carne.

Los traficantes de pescado circulan también con sus canastillas de pescado fresco por las calles. En su casa tienen estanques poblados de pescados. En invierno se vende el pescado helado.

Las naranjas se venden con abundancia. Los vendedores de estas gritan: ¡ *Apelsimi more Karoch!* (Buenas naranjas de mar).

En verano los traficantes de helados recorren los paseos y van hasta el campo llevando en la cabeza helados de diversas frutas. También hay para los golosos vendedores de diferentes artículos, tales como pasteles de almendra, avellanas, pan de especias, etc.

El ruso, especialmente el campesino, gusta mucho del té, por consiguiente en plazas y calles hay muchos que lo venden en una vasija llamada *samovar*. En invierno, cuando es frío, es intenso, la rodea con un trapo para preservarla de él. El aguamiel es otra de las bebidas favoritas de la misma clase de consumidores. Es dulzona y de color oscuro, y aunque los rusos le encuentran sabor al moscatel, esto es una ilusión; su gusto dominante es el de la miel. El precio de esta especie de purgante es además subido; á causa del mucho consumo que se hace, una botella viene á valer una peseta.



Carnicero en Moscou.

Los bazares son comunes en las ciudades rusas. Muchos de estos establecimientos están lejos de corresponder á su elegancia y el lujo que indica este nombre. Algunos parecen mas bien ropavejerías, como el viejo bazar de Odesa, el cual, excepto alguna que otra tienda de beber buen té, solo presenta un conjunto de deshechos como almoneda vieja.

Los judíos, muy numerosos en el Oeste de Rusia, y particularmente en Odesa, se han apoderado del comercio. En el Norte los bazares se llaman *gastnoi-dvor*, y constituyen grandes mercados consagrados á las industrias de lujo.

El comercio de aves es muy importante especialmente al rededor de Navidad y Pascuas, en que se tiene costumbre de comprar algunas, segun las facultades de cada uno, para darles libertad. El sentimiento de devoción que da lugar á este uso asegura mucha venta á esta industria.

Al lado del ruso y el judío se coloca otro tercer comerciante, no ménos activo ni menos emprendedor, de una gran codicia, y que en el escaso número de provincias en que se halla establecido, les hace á los dos primeros una concurrencia temible; hablamos del bohemio. Extendido en el Sur, no habita en las ciudades. Sus costumbres nómadas lo hacen buen portador de objetos á cuestas. En Moscou se ven algunos donde gozan de reputación en el canto. Sus mujeres se dedican á la tradicional adivinación de su raza. Con esta industria mezclan la de la venta de medias que llevan al campo.



Mercadera en medias en Moscou.

El cochero de drochky, especie de carruaje de alquiler, entra en la categoría de menuda industria. Propiamente hablando no tiene rango en la sociedad, como lo indica su barba crecida, pues en Rusia no tienen derecho de afeitarse mas que las clases distinguidas. Pero el cochero de drochky lleva la *chuba*, bata azul ó verde, forrada de pieles en invierno, distintivo de la clase media, y de este modo se coloca al lado del artesano y tendero, cuyas cualidades posee, procurando con toda clase de bajezas captarse la voluntad del parroquiano. Si lo reprenden, llora y protesta que quiere servir con conciencia; pero si pierde la esperanza de una buena propina, ¡oh! en ese caso su humor plácido se cambia en furor, y prodiga las injurias tan liberalmente como prodigaba ántes las lisonjas; el parroquiano no será para él mas que un *charlatan*, (al pié de la letra), término enérgico que resume todo su desprecio é indignación.

Además de las industrias que tienen una verdadera utilidad, ó que procuran goces, las ciudades populosas encierran algunas muy singulares, tales como pueden concebirse en medio de una civilización incompleta donde se sienten nuevas necesidades, combinadas con costumbres todavía poco refinadas. No hablaremos de ellas. Solo nos hemos propuesto dar una idea somera de un rasgo curioso del carácter ruso. Lo que hemos dicho



Aldcano ruso.



Pastelero en Moscou.

basta para hacer comprender las disposiciones naturales del ruso en el comercio y las industrias á que dan lugar. No hay quien no conozca el favorable influjo que no puede menos de ejercer en la transformacion de la sociedad rusa, preparando lentamente el progreso moral y la emancipacion política y civil de los siervos.

Dolores de corazon.

Dichoso mil veces el corazon limpio de polvo y paja que se entretiene dulcemente en escribir alguna historia divertida, contando á sangre fria dolores ó placeres, sin que los dolores le cuesten una sola lágrima, ni los placeres le hagan cambiar la estóica severidad de fisonomía que debe reinar en el autor aplicado á su trabajo, por la mas ligera sonrisa ni por la mas pequeña muestra de gozo interior. Dichoso mil veces el que no tiene ojos mas que para ver como ha de ir empedrando con letras el papel blanco que tiene delante, ni alma mas que para, atándola en la punta de la pluma, evitar de este modo los trascendentales peligros de los errores ortográficos. Dichoso, pues, yo, que encuentro ni mas ni menos en este estado de deliciosa calma, en que tanto se me da por lo que va, como por lo que viene; gracias á que ya se me ha dado mucho por lo que fué y por lo que vino, ó gracias á otra cualquier cosa, que eso ni me importa á mí, ni mucho menos á otro. Bendita sea la facultad que el hombre tiene de escribir, que si á esto añade el ser buen pendolista, pocas felicidades andan por la tierra, ni comparables siquiera con las que proporciona una bien entendida caligrafía, que para ser bien entendida, ha de considerarse como la forma de una condensacion física de todas las vaporosidades morales que nublado el alma acabarían por hacer inútil toda la luz que Dios le dió á no irse destilando y escurriendo desde la cabeza, por el brazo derecho, ó por el otro, si el que escriba es zurdo, mal pecado, hasta venir á dar, (¡quién lo diría!) en un trozo de papel donde quedan grabadas y sujetas, en castigo de lo que al alma incomodaron, y para que no vuelvan otra vez á incomodarla. Bendito, pues, yo, que aunque no completamente feliz, porque me falta lo de buen pendolista, al fin y al cabo como Dios me da á entender, y desaguó la cabeza de una porcion de vaciedades, que maldito si podrían servirme para otra cosa mas que para atolondrarme, á no poder yo darlas salida, maldiciéndolas de buena fe, y entregándolas sin misericordia ninguna al brazo seglar de gente extraña, que no las ha de ver con peores ojos que yo, ni las ha de aborrecer con mas malas entrañas que las mías, donde se enjendraron á fuerza de dolores, torciéndolas con tormentos, abrazándolas con llantos, y desentrañándolas á purísimos quebrantos, hasta dejarlas como ahora están mas muertas que vivas, con tanta y tanta pena.

Verdad es que no tengo yo nada que escribir que sea cosa de contar, pero no es esencial que lo que se escriba haya de ser cuento, y muchas veces, como ahora, se vienen á la punta de la pluma una porcion de palabras, salidas yo no sé de donde, y encaminadas á donde tampoco sabe nadie, y no hay otro remedio sino que entre todas ellas vienen á componer, por ejemplo, un artículo de periódico, destinado acaso á fastidiar á todo el que le lea.

Huyendo yo este inconveniente voy á hacer todo lo posible por no divagar mas, dando á mis ideas una forma que las haga parecer tales, aun cuando bien lo sabe Dios, que yo creo que no son ideas, ni quien tal pensó. Hay que saber que yo me hallo en este momento bajo la maligna influencia en una porcion de penas tan largas ellas de contar, como corto ha sido el tiempo que yo he empleado en proporcionármelas para mi uso, y sabido esto, sabida esta la causa de haberseme ocurrido la idea de pasar revista á todos los dolores de corazon de que se me ha quejado por ahí infinidad de gente.

Entre estos dolores de corazon los hay de todas especies y tan diferentes como lo son entre sí las personas á quienes se lo he oido contar, ó en quienes lo he observado, porque tambien hay gente á quien se le funde el corazon á fuerza de retortijones sin decir esta boca es mía.

De este género y perteneciente á los dolores observados por mí, fué el dolor de un criado que yo tuve, que de la noche á la mañana se me ahorcó de una viga de su cuarto, dejándome ántes toda mi ropa bien cepillada en la cómoda, y las botas lustrosas como espejos, allí en el mismo cuarto en que acabó sus dias, indudablemente apenas hubo concluido de limpiarlas, porque tenia el cadáver la cara llena de unto, y por consiguiente negra de haberse llevado á ella en el dolor de la agonía las manos que acababan, llenas de vida, de hacerme el último servicio, en aquella época mas necesaria que ahora, porque no habia botas de charol. Por lo demás yo supongo que mi buen criado tendria sus razones para tomar partido tan desesperado; pero por mas que no sin motivo pueda culpárseme de mal observador, no puedo menos de confesar que yo no sé cuales fueron. La hija de un portero de esos que hay en los tribunales, que vivia en la misma calle que yo, dió á una criada de mi casa que el pobre Manuel habia sido víctima de las preocupaciones de la sociedad, por-

que se habia enamorado de ella, sin pensar en la desigualdad de clases que los separaba, pero que ella no tenia la culpa, porque así se lo habia dicho mil veces. Yo no sé si esto seria cierto, pero si así fué, y es esta la causa de aquel prematuro suicidio, tan dolor de corazon es el que sufrió mi pobre Manuel, como otro cualquiera. De lo que yo estoy seguro es de que no se suicidó por mal de cabeza, porque tenia poca, y esa poca, dura y bien afianzada á los carrillos por unas patillitas estrechas y cortas, porque no le pasaban de la oreja de la oreja, pero semicirculares, y que en redondo se cerraba cada una, una mejilla.

El segundo dolor de corazon que he observado me hace llorar todavía, pero á la verdad que ese dolor mas es mio que ageno, porque en quien debia sentirle y en quien yo le supongo, creo yo que no hacia mella ninguna, pero son difíciles de averiguar los secretos del corazon, y no seré yo seguramente quien asegure redondamente nada que tenga que ver con los que se llaman sentimientos. Lo cierto es que yo he visto á una mujer jóven, que llevaba en los brazos un niño de dos ó tres años, muerto. Iba por un camino y yo la encontré poco ántes de llegar á un pueblo. Ella iba en direccion opuesta á la que yo llevaba, es decir, que iba de viaje—¿adónde? Yo no lo sé. Cuando me dió que aquel niño, cuya inocente cabeza era una de las mas angelicales que yo he visto en niño ninguno, cuando me dió que aquel niño era su hijo, sin saber yo mismo lo que hacia, tiré al suelo todo el dinero que llevaba, y haciéndome los ojos fuentes de lágrimas, hube de aplicar en medio de la convulsion que aquella pena produjo en mí, con tanta fuerza apreté las espuelas á mi caballo, que en menos de un minuto, el desbocado dió con la cabeza en una cruz de piedra que habia á la entrada del pueblo, y allí mismo quedó muerto, y el dolor físico de la caída vino á sacarme á mí de la penosa abstraccion á que me habian conducido aquella madre pobre y aquel niño muerto.

Un amigo mio, hablando conmigo un dia de las penas que sufre el corazon cuando da en tener buenos sentimientos, me pintó tan al vivo los dolores que sufrió en este mundo un hombre sensible que por desgracias particulares se vió precisado á vivir largo tiempo en una casa de postas, que no puedo menos al hablar de dolores del corazon, de repetir aquí algo de lo mucho que mi amigo me dió acerca de los sufrimientos de aquel infeliz. Yo no sé si lo que voy á contar será verdad, porque mi amigo á pesar de ser hombre grave y de conciencia, es bastante dado á inventar cosas para entretener el tiempo hablando, que es su delicia, pero de todas maneras yo creo á piés juntillos todo lo que me cuentan, y será el primer engañado si lo que voy á escribir no es cierto. Despues de haberme mi amigo dado una idea clarísima del carácter del hombre cuyas desgracias me contaba, idea que yo no daré á mis lectores porque no tengo tiempo para escribir con acierto, como ya lo deben haber conocido; despues de haberme hecho comprender perfectamente que el hombre de la historia era en extremo sensible, hasta el punto de contraer amistades íntimas, lo que se llama relaciones amorosas, y en fin, toda clase de afecciones, en un segundo; despues de haberme hecho hasta llorar, contándome mil sentimientos que este hombre habia tenido en este mundo de resultados de la prontitud con que tomaba cariño á las personas, empezó por fin á decirme lo que él sabia de los últimos padecimientos de aquel hombre, víctima desgraciada de la simpatía.

Yo no sé por que pasos vino á verse precisado á vivir en una casa de postas. La ausencia es lo que mas se parece en el mundo á la muerte, y entre las lágrimas que nos arranca un objeto querido al separarse de nosotros para siempre cuando se muere, y acaso para siempre cuando se marcha lejos de nosotros, hay tan poca diferencia, que las mismas punzadas de cariño son las que hacen llorar por el muerto que por el ido, y el mismo tiempo pasa por unos que por otros, para que al fin venga á ser cierto el consolador refran que dice:— á muertos y á idos no hay amigos.

Los corazones mas fuertes no pueden resistir ni á la muerte ni á la ausencia. ¿Qué seria pues lo que pasaria en el corazon del hombre de nuestra historia, cuando alguno de estos sentimientos le atormentase? La suerte enemiga le habia puesto además en el teatro de las ausencias, en una casa de postas, y allí estaba como encantado sin que nadie haya sabido porque estaba allí, donde forzosamente con tantos padecimientos la muerte le habia de coger entre sollozos y amarguras. La llegada de un viajero en esas altas horas de la noche, en que todos sentimos cierta inexplicable ternura melancólica sin saber hácia que objeto al sentir las campanillas de las mulas de un carruaje y el chasquido del látigo de un mayoral; la llegada de un viajero á la casa de postas á tales horas, le hacia á nuestro desgraciado héroe abandonar su lecho, y si por una desgracia el caminante solo se queda para mudar de tiros, entonces llorando y al troté le seguia hasta que rendido quedaba en el camino lamentando la ausencia de personas á quienes apenas habia podido ver.

Si los viajeros paraban á comer ó á cenar en aquella posada, entonces el dolor de este infeliz era tanto mayor cuanto que tenia que contenerle hasta cierto punto dentro de su pecho lastimado, porque de lo contrario la casa de postas se hubiera convertido en un lugar de gemidos escandalosos, y tanto al parecer era el temor que de esto tenia el desdichado, que muchas veces al comenzar una explosion de ternura, se reprimia de repente, comenzando á sudar á chorro, que no era aque-

llo sino llorar por todo el cuerpo, poniendo los ojos en blanco con muestras de la mas exquisita ternura y del mas lamentable dolor. No por eso sin embargo dejaban de pasar escenas dolorosísimas en que este sér amante arrastrándose de rodillas por el suelo, abrazando las piernas ya de uno ya de otro viajero, les pedia por todo lo que mas quisieran en este mundo, que no le abandonasen así. Como nadie viaja sino con algun objeto que le lleva á alguna parte, no encontraba este infeliz ni un solo corazon que le comprendiese.

Cuando con las lágrimas en los ojos y apretando la mano del que se disponia para irse, le decia con una voz cortada por los suspiros:

— ¡Ah! ¡Créame Vd., querido amigo! querido amigo de mi alma! No se vaya Vd. ¿Quiere Vd. hacerme desgraciado? ¡Ah! no lo merezco ¡por Dios, no se vaya Vd. así!...

Cuando hablaba así solian tomarle los pasajeros por uno de esos hombres de buen humor que se encuentran en los caminos, haciendo mil majaderías que parecen gracias, y cada uno segun su carácter ó seguia la broma diciendo que de ninguna manera podia él abandonar á quien tanto le queria; y á lo mejor desaparecia para nunca mas volver, ó bien recibia con sequedad estas supuestas bromas, y de ambos modos se partia en mil pedazos el corazon de este hombre interesante.

Otras veces prorumpia por fin en lamentos agudos y en voces capaces de enternecer á los cercanos montes, y entonces era rechazado como loco.

Esto mismo aunque con menos exageracion, les sucede en el mundo á los corazones que sienten mucho, que están muy cerca, sino tratan de moderarse, de llegar al estado de abandono en que continuamente se encontraba el corazon de este hombre lleno de amor, probablemente nacido para un mundo sin mas quehaceres que los del cariño, y llovido en otro donde todos somos negociantes y gente de ocupaciones.

Por supuesto que el tiempo que no pasaba este infeliz en el dolor de las despedidas, le pasaba en la amargura de los recuerdos. Habian quedado grabados en su corazon al pié de treinta mil nombres de otros tantos viajeros, con la misma claridad y ternura que en uno de los nuestros pueden grabarse unos pocos, y andaba siempre cuando estaba solo, hablando solo y recorriendo sitios diciendo:

— Aquí daba la sombra de fulano.— Aquí se enjugó la boca por la última vez citano.— Aquí por la última vez se sonó las narices fulano, etc., etc.

En fin, así iba recorriendo en su imaginacion los treinta mil nombres que van dichos, uniendo á cada uno treinta mil ideas tan tristes, como al parecer desatinadas, que por desgracia lo mismo que en este hombre raro, son tambien en nosotros los hombres vulgares, la fórmula mas dolorosa que la ternura.

Así vivió algun tiempo este hombre, mártir de sus sentimientos hasta que al fin uno de ellos dió con él en el sepulcro. Lo mas raro de todo es que este hombre nunca se enamoró. Yo despues de haber examinado con atencion este que al parecer es un fenómeno extraordinario en una naturaleza tan amante, he venido al fin á caer en que efectivamente un hombre como este no podia enamorarse por falta de tiempo. Además, el que ama á una mujer es porque detesta y desprecia, á medias, á todos sus hermanos.

El último dolor de corazon de que hablaré en este artículo, es el dolor de corazon con que le concluyo aquí como podia darle fin por otro punto.

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

HIMNO AL SOL.

Levanta, ¡rey del mundo y de los astros!
Tu cabeza de rayos coronada;
Extiende sobre el mundo tu mirada,
Y restituye el celestial calor:

Que el dardo de tu luz la sombra densa
Rasgar no pudo en las tinieblas frio,
Y helarse vió las gotas del rocío
En los rígidos cálices la flor.

Alzate ¡ó sol! En las mayores cumbres
Ya tu rielante ráfaga prendia,
Y aun el caos de las sombras envolvía
La falda y llano en vaga oscuridad.

Y un momento pasó, y hendió vibrando
La distancia inferior tu rayo de oro,
Y fué la tierra un ancho metéoro,
Y sonrió gozosa tu deidad.

Alzate, ¡oh sol! El ruseñor del bosque
Tu presencia en los cielos solemniza:
El aura blanda que su pluma riza,
Canta en himnos alegres tu ascension.

El pino ondeando su gentil plumero,
Se inclina en tu presencia reverente,
Y en su cauce de rocas el torrente
Se despeña clamando: ¡Bendicion!

Hasta las ondas de la mar se elevan
Cuando en las cumbres del Oriente rayas;
Y rebosando en las turientes playas,
Se adelantan gozosas ante tí.

Palpita el orbe. Cielos, tierras, mares,
Que en la luz esperada se coronan,
El himno excelso de tu gloria entonan,
Y el mundo clama; ¡Contempladle allí!

¡Oh inagotable engendrador del día!
¡Manantial de la luz, trono del rayo!
Ven, y del torpe y frígido desmayo
Alanza con tu fuego la creación.

¡Guerrero inmenso del escudo de oro,
Como al bardo Osian apareciste!
Vén, y al imperio de las sombras triste
Precipita el flamíjero bridon.

¡Oh! ¡Cuán hermoso entre los mundos eres
Con eterna y magnífica hermosura!
La omnipotencia se cifró en tu hechura;
Dios á sí mismo se admiraba en tí.

Corre, corre, ¡alto sol! Ya por los montes
Tu derramada caballera ondea:
Que yo en tu hermosa plenitud te vea,
Y el rayo sienta de tu lumbré en mí,

Tal vez el cielo se cubrió de nubes;
Sonó la voz de las tormentas bravas;
Tú como espectro lívido velabas
La faz opaca y triste en la extensión:

Reflejándose rápido en tu espejo,
Yo ví ancho bulto en majestad sombría;
Y era Dios, y era Dios que conducía
La carroza veloz del aquilon.

¡Dios, Dios, eterno sol! Tú eres su imagen:
La luz y la verdad son una esencia:
De admiración hendido en tu presencia,
Yo siento en mí tu fuego celestial.

Mas no apareces iracundo ahora,
La tempestad señoreando. El velo
De las sombras cayó; y ardiendo el cielo,
Abre ante tí su pabellón triunfal.

¡Oh! ¡Cómo el universo palpitante,
Al claro despuntar de la mañana,
La rica veste que fulgura engrana,
Ostenta ardiendo en celestial fulgor!

¡Oh! ¡Cuál la tierra, al parecer del día,
Con virgínea pureza resplandece,
Y en su alma frente recibir parece
El ósculo primero del Criador!

¡Cómo, sonando en melodiosos cantos,
Del claro templo del naciente día,
Arpa inmortal de célica armonía,
Que pulsa el más hermoso querubín!

¡Cómo del ser la multitud confunde
En una adoración la varia esencia;
Y el cántico sin fin de providencia
Entona el mundo, y de placer sin fin!

Él te saluda, ¡oh sol! Al eco blando
Despierta el aura que la luz aspira;
Y bate el ala temblorosa, y gira,
Y esparce en torno el natural humor.

Oyese al léjos el bramar del toro;
Vaga, cual aérea flor, la mariposa;
Liba la abeja el néctar de la rosa;
Bala el cordero; alégrase el pastor.

Por todas partes resonar se escucha
La voz del campo, el plácido ruido,
Que habla por siempre al corazón dolido,
Íntimo acento de inocencia y paz.

Do quier el ansia de admirar se embebe,
Y aduerme el sentimiento de las penas;
Vagan do quier imágenes serenas
De quietud melancólica y solaz.

¡Dichosos climas que en su eterno encanto
Mas cercanos del cielo estar parecen!
¿Dónde con tal viveza resplandecen
Tus rayos de záfiro y de arrebol?

Natura se alza del nocturno lecho,
Resplandeciendo en líquido rocío,
Y abierto el seno blandamente frío.
Como á un esposo te recibe, ¡oh sol!

Pura, feliz, voluptuosa, rica
De aromas, de colores, de frescura,
Rebosando abundancia de hermosura
Su almo regazo, templo del placer;

Contempla tú desde el radiante solio
Los campos de la hermosa Andacia;
En vano busca en su carrera el día
Mansion más bella en que su luz verter.

La vista se reposa en las llanuras
Sobre ramos de rosa y esmeralda;
Cíenla en torno su feraz guirnalda
Bosques de mirto y lauro y arrayan:

Suaves colinas por do quier se ofrecen
Al ojo inquieto en movimiento blando,
Que al horizonte diáfano ondulando,
Cual si la tierra palpítase están.

Ceñida allá de iluminadas brisas,
En la márgen sonora reclinada,
Tendiendo por sus campos la mirada
Entre raudales de infinita luz;

Alza la frente, arábica Sevilla,
De mil ciudades imperial matrona;
La perla más brillante en la corona
Del imperio magnífico andaluz:

Y arrollando á sus plantas vencedoras
El gran tributo del raudal lejano,
Que se adelanta el dios del Oceano
En su concha marina á recibir;

Bajo un dosel de retemblantes bosques
Donde se enlaza el lauro al sicomoro;
Sus olas vuelca de diamante y oro
Sobre alfombras de flor Guadalquivir.

¡Oh sol! ¡gran sol! He aquí la encantadora
Región de los suavísimos placeres:
Aquí se nace amando; aquí á los séres
Les falta vida para tanto amor.

Y esta Venus del mundo á sí levanta
De un lecho de deleites su semblante
Como á un amante mas, como á un amante
Que la estás prodigando tu esplendor.

¡Ay! Siento yo bajo tan dulce clima
Letargo ardiente, enamorado sueño;
Y busco en ansia eterna un halagüeño
Rostro y un seno en que doblar mi sien.

Lleva el amor las horas de mi vida;
Ora me arranco de sus dulces brazos,
Preso en la red de seductores lazos,
Que llaman ¡ay! felicidad y bien.

Mas al sentir tu influjo soberano,
Vaga ambición en mi alma se despierta,
Dormida siempre, pero nunca muerta,
En la inercia fatal del corazón.

¡Oh sol! ¡oh excelso sol! Tú eres muy bello
Bajo el cielo feliz de Andalucía;
Pero ansio verte yo, ¡padre del día!
Desde lejana incógnita región.

En donde enciende el trópico su antorcha,
En la plaga hiporbórea de la tierra,
De cuanto grande el universo encierra,
Corre á mi vista el puro manantial.

Al corazón cansado de sí mismo,
Patria será la inmensidad del mundo:
Huya de mí por siempre este infecundo
Goce que engendra tras del tedio el mal.

¿No hay mas felicidad que un cerco impuro
De enervantes y estúpidos placeres?
¿No hay en el mundo ya sino mujeres,
Que hagan también del hombre una mujer?

¿Dará alimento de emociones grandes
La tediosa inacción al alma inquieta?
¿Es un alma inmortal la que vegeta
Tan pequeña mañana como ayer?

Corre, ¡gran sol! Lo mismo que las flores
Renazco yo á tu luz, vivo y me aliento;
Hervir instintos poderosos siento
En mi frente, en mi pecho, aquí y aquí.

Al alma llega tu infinito rayo,
Y me enseña el horror de su vacío;
La luz es el espíritu, y el mío
Recibe altos estímulos de tí.

Corre, corre, ¡gran sol! Corre, y mis ojos
Te siguen al Zenit. Yo me figuro
Que al levantarme de este suelo impuro
A la patria suprema é inmortal;

Tenderá á tus espléndidas regiones
Mi alma inmortal el infinito vuelo,
Y en tu árdua hoguera á conquistar el cielo
Se purgará del polvo terrenal.

¡Antorcha de los tiempos y los orbes!
¡Luz de la inmensidad! ¡De Dios espejo!
El coro de los astros tu cortejo,
El hombre tu incesante adorador.

Mi arpa y mi voz conciertos melodiosos
Esparcen á las auras matutinas;
El alma, no los ojos, iluminas,
¡Astro inmortal! de tu feliz cantor.

Y ojalá, ojalá que roto un día
El eslabón que el ánima encadena,
Océanos sin fin de agua ó de arena
Atravesando en honda soledad;

Desde las cumbres de lejanos montes,
De la cumbre del mar á tí se eleve
Mi acento, ¡oh sol! y el cántico te lleve
De entusiasmo, de gloria y majestad.

GABRIEL GARCIA Y TASSARA.

Viaje del capitán Inglefield.

El Almirantazgo inglés ha recibido noticias del capitán Inglefield, comandante de la expedición ártica, que acaba de volver á Inglaterra. He aquí un extracto del parte publicado.

«El 21 de agosto, los hielos se aglomeraron y nos obligaron á dejar el cabo Riley. Pocos instantes después el *Fénix* tocó en tierra. Hicimos todos los esfuerzos imaginables para sacarlo de tan crítica posición, pero los hielos vinieron en tal cantidad que el navío se vió cercado por témpanos colosales. Al cabo de algunas horas, alojaron un poco y la corriente los arrastró hácia el *Bread-albane* que ménos feliz que nosotros fué sumergido y desapareció. La tripulación tuvo tiempo de salvarse. Recogí á mi bordo los naufragos, y aprovechando una circunstancia favorable ganamos al día siguiente la bahía del Erebo.

«El 9 de setiembre llegamos á Lyevely-disco. Anunciando el barómetro una tempestad, me apresuré á atravesar el estrecho de Vaitgatz para ponerme en seguridad. Navegamos con mucha rapidez gracias á las velas y el vapor. Felizmente los vigías estaban en su puesto, porque sino abordamos un témpano de 100 piés de elevación. La celeridad con que los hombres hicieron la maniobra nos salvó de aquel peligro á tiro de pistola. Costeamos un peñasco muy conocido á la entrada del Moligate. Creía hallarme á mucha distancia de él, pero las corrientes del estrecho nos habian desviado completamente. En Lieveley tuve noticia de una mina de carbon muy extensa y rica, á unas 25 millas á lo interior. Los dinamarqueses prefieren aquel carbon al inglés. Lo probé en mis máquinas; el parte del ingeniero marcó 'L. 7.' Presentaré muestras al almirantazgo para que lo ensayen.»

He aquí por otra parte el informe del movimiento de la flotilla mandada por sir Edward Belcher, que invernaó en Northumberland-Sound, al 76° grado 52 minutos de latitud Norte, y al 97° grado de longitud Oeste:

«El capitán Kellet ha invernaó en la isla de Dealy, en el cabo Colbourn; su buque tocó y no pudo salir del hielo sino con la pérdida de 60 piés de su falsaquilla. Algunos hombres de su tripulación hallaron indicios que felizmente los condujeron al *Investigatoa* del cual no se tenia noticia desde el 6 de agosto de 1850.

» Al 150° grado Oeste, cerca del río Colville, el *Investigatoa* se vió interceptado por los hielos. Al cabo de algunos días llegó á la desembocadura del Makensie, y cuatro después al cabo Bathurst. Cerca del cabo Fary, libres las aguas, el capitán Mac-clure se decidió á avanzar por la parte de Banks-Land y descubrió, á 60 millas de este punto una costa desconocida que llamó *Baring's-Island*. Al 75° grado, el tiempo cambió de repente y fué menester invernar.

» El 14 de julio de 1851 se abrieron los hielos; la expedición intentó ir hácia el Norte, pero obstáculos insuperables la detuvieron al 73° grado 35 minutos de latitud Norte. Dando la vuelta de la isla Baring, el *Investigatoa* pudo llegar al 74° grado 6 minutos de latitud y al 117° 12 minutos de longitud.

El 24 de setiembre de 1851 fué preciso invernar allí, y ya no ha sido posible sacar el buque.

» El capitán Mac-clure ha hecho en este viaje descubrimientos importantes; ha visto algunas montañas que humeaban, y una selva petrificada. Nunca ha tenido que quejarse de los naturales que ha encontrado. En Point-Warren, huyeron dos hombres á la aproximación de las canoas; los marineros lograron tranquilizarlos; declararon que al ver el buque habian huido toda la tribu y el jefe, temiendo la venganza de los blancos por haber dado muerte á uno de ellos algunos años ántes. Refirieron que habian arribado allí algunos blancos en una barca, y habian construido una casa; pero que habiendo asesinado á un marinero los indígenas, sus compañeros habian huido sin que hubieran sabido nada de ellos. El mal tiempo y la niebla impidieron al capitán Mac-clure el visitar la casa y el punto donde murió el marinero, y habia sido enterrado.

» La historia natural se ha enriquecido con muchas cosas. El capitán Mac-clure vuelve á bordo del *Investigatoa* que sigue encallado en el hielo. Si logra sacarlo, piensa dirigirse hácia la isla de Leopoldo y seguir su derrotero hácia el Norte. Lleva víveres para un año, é invernará también este. Si su buque está perdido sin remedio, volverá á fines de abril al fuerte Leopoldo, donde hay casa y almacenes; cuenta con encontrar médicos en aquellos parajes para volver con su tripulación á buques dinamarqueses; de otro modo, invernará por segunda vez en el fuerte Leopoldo, y cuando el hielo tenga mucha consistencia piensa volver fácilmente á pié.

RONDEÑA

CANTADA POR EL SEÑOR BELART, EN LOS TEATROS DEL CIRCO Y DEL PRÍNCIPE.

MUSICA DEL MAESTRO YRADIER.

Allegro.

PIANO.

The musical score is presented in a traditional format with piano accompaniment on the left and vocal lines on the right. The piano part consists of two staves (treble and bass clef) with a 3/8 time signature. The vocal part is written in a single staff with lyrics underneath. The lyrics are: "Ca - ño - nes de ar - ti - lle - ri - a, Ca", "no - nes de ar - ti - lle - ri - a, Ca - ño - nes de ar - ti - lle - ri - a, Ay", and "ay ay ay ay a". The score includes various musical notations such as notes, rests, and ornaments, along with performance instructions like "Allegro" and "PIANO".

Ay ay ay ay ay ay

ay ay ay ay ay ay ay y a y. Aun que en tu puer-ta pu - sie - ran,

Aun que en tu puer - ta pu - sie-ran. Ca- ño - nes de ar - - - ti - lle - ri - a,

El que se a - pues - - to a que - rer - te Se a pues - to a per - der la

vi - a, Aun que en tu puer-la pu - sie - ran, Ay ay ay

ay ay ay ay ay ay ay ay ay a ay. D.C.

Procédés de Tautenstein et Cordel, 92, rue de la Harpe.—Paris.

2.
En Francia dicen mondiu
En Italia giusto cielo
Y aquí decimos caramba
Y se junde el mundo entero.

3.
Cuando estoy de centinela
Y te vienes jacia mí
Se me olvida la consinia
Y se me ispara el fusil.

4.
Para pasear tu calle
No necesito cuchillo

Que los novios que tu tienes
Me los meto en el bolsillo.

5.
Quiero el invierno con frio
El berano con calor
A las mujeres con gracia
Y á los hombres con valor.

6.
Por aquellas estrellitas
Que están en el cielo azul
Que te tengo é querer
Aunque no me quieras tú.

7.
Toda la vida e penado
E penado y penaré
Por peinar un pelo rojo
No se si lo peinaré.

8.
El tambor es tu retrato
Que mete mucho ruido
Y mirándolo por dentro
Se encuentra que esta vacío.

9.
Si fueras jitana pura
Y te hirbiese la sangre
Te pondrias la mantilla
Y saldrias á buscarme.

La calma.

Entre los jóvenes que brillaban en la alta sociedad de Londres en el año 1831, lord Melton sobresalía por su hermosa figura, por sus finas maneras, y por el gusto exquisito con que sabía engalanar su persona; de suerte que era, con razón, considerado como el tipo de la elegancia británica.

Yo tuve ocasión de conocerle una noche entre los bastidores del teatro de la Opera, y desde entonces seguimos una amistad íntima durante mi permanencia en aquella capital.

Concluidos los negocios que me habían conducido á ella, me despedí del noble lord, ofreciéndole mis servicios, y él me suplicó que si la casualidad me llevaba otra vez á Londres, no olvidase que tenía allí un amigo y una casa.

Pasados cuatro años, un nuevo asunto me obligó á volver á Londres, y tan luego como llegué á aquella opulenta ciudad me dirigí en busca de mi antiguo amigo; pero ¡cosa extraña! nadie le conocía; nadie recordaba la existencia de aquella hermosa mariposa, que tantas rivalidades excitaba en los soirés. Solamente logré saber que en Northumberland existía bajo el nombre de Melton un rico Labrador, cuyas costumbres en nada se parecían al género de vida que siempre había observado el joven lord: la caza del zorro, las visitas de los vecinos, una espléndida hospitalidad para cuantos llegaban, y el cuidado asiduo de la educación de su pequeño hijo, le ocupaban todo el tiempo que no consagraba al estudio, que era su placer favorito; de suerte que se le citaba como un modelo de ternura conyugal, y se le ponderaban sus profundos conocimientos, tanto como su opulencia; y su joven esposa gozaba en toda la comarca el concepto de amable y hermosa: en fin, todos admiraban la familia del Indiano, cuyo nombre daban á lord Melton porque había estado en las Indias, y añadían, que en ménos de tres años había hecho una fortuna considerable.

Todas estas particularidades excitaban mas mi curiosidad, y debiendo yo marchar á las provincias del Norte, resolví ver ántes al célebre campesino.

Habría pasado una semana despues de mi llegada á Londres, cuando me dirigí á la casa del Indiano, y en verdad que me fué bien fácil hallarla, porque todo el país le conocía por sus buenas obras; y bien pronto me hallé al frente de un palacio gótico, cercado de hermosos plantíos y frescas enramadas, que contrastaban notablemente con las piedras ennegrecidas por el tiempo, que formaban las fachadas del palacio.

Á mi entrada en el primer patio ví numerosos criados, á los cuales daba órdenes un joven de tez morena, vestido al estilo de la India; y todos ellos al verme me saludaron con la mayor urbanidad, y me condujeron á un salon del piso bajo, ricamente adornado, y defendido de los rayos del sol por unas magníficas colgaduras blancas con franjas encarnadas: en medio había una gran mesa de forma ovalada, rodeada de sillas de bambú, en una de las cuales me instaron que tomase asiento, sin cuidarse de preguntarme el objeto de mi visita.

Apénas hubé empezado á disfrutar del convite, cuando entró en el salon un personaje joven, de alta estatura y muy grueso, vestido con la mayor sencillez, que me saludó con suma afabilidad. Sin embargo de verle en una posición tan poco elegante, y de que sus facciones habían cambiado notablemente, no tardé en reconocer á mi amigo lord Melton, y me adelanté hácia él saludándole y recordándole mi nombre; él me alargó la mano con ansiedad, se felicitó por mi llegada, y me suplicó que considerase su casa como mia, por todo el tiempo que yo quisiese residir en ella.

Despues de algunos otros cumplimientos, no pude ménos de manifestarle mi sorpresa al verle tan cambiado de costumbres en tan pocos años. Una sonrisa melancólica asomó á sus labios, y me dijo: ¿me habriais creído sin duda entregado eternamente á la vida fútil y disipadora en que nos conocimos? Yo merecía bien que formaseis de mí ese juicio; pero hoy tengo derecho á mas justicia, porque los crueles sufrimientos que he experimentado me han hecho expiar las faltas de una disipación irreflexiva. Escuchadme; os voy á contar todo lo que ha pasado por mí despues de nuestra separación, porque conozco vuestro deseo de saber por qué metamórfosis el brillante Melton, el tipo de la elegancia, se ha convertido de repente en un campesino tosco y grosero.

Efectivamente, mi silencio y mis miradas escudriñadoras descubrieron mi deseo de saberlo todo: lord Melton llenó los vasos, y brindó á mi feliz llegada, y cuando los hubimos consumido empezó de este modo su narración:

«Fatigado de Londres y de sus placeres, y humillado á mis propios ojos, de consumir en la inutilidad y holgazanería los hermosos días de mi vida, quise romper enteramente con aquel género de ociosidad turbulenta. Acababa de formar este proyecto, cuando una circunstancia imprevista vino á acelerar la ejecución. Había muerto en la India uno de mis tios, y me dejaba una gran fortuna, que debía reparar las pérdidas causadas por mis locuras y extravíos; por consiguiente, esta ocasión me facilitaba el sustraerme á las instancias de mis compañeros de travesuras, y me felicitaba de tener un pretexto justo para separarme de ellos, sin tener que sufrir sus sarcasmos. Partí en fin, y despues de una travesía feliz llegué á Pondichery.

Nada es tan ameno y pintoresco como el suelo indiano: la tierra y las aguas parecen pintadas de mil colores, y todas las formas de la naturaleza, todos los aspectos animados é inanimados están formados con tal gracia y magnificencia, que serian inútiles todos los esfuerzos del arte para imitarlos. A cada paso hallaba motivos de contemplacion y de sorpresa; y viéndome en aquel poético país me identificaba, por decirlo así, con la vida mística y religiosa de aquel pueblo, con quien la naturaleza se ha mostrado tan benéfica.

Todo estaba dispuesto para mi regreso, cuando un día, fatigado de un largo paseo, bajo la influencia de un sol abrasador, y extenuado por la ardiente sed que me devoraba, me interné en una espesura de altas yerbas, esperando hallar allí alguna frescura, y recostándome sobre un césped, invitado por lo ameno y sombrío de aquel sitio, me quedé dormido. Mil imágenes hermosas entretenían mi dulce sueño, cuando un rugido espantoso me despertó, y me hallé frente á frente con un tigre de una alzada enorme, que se disponía á lanzarse sobre mí, pues podía de un solo salto atravesar el espacio que nos separaba. La vista de la fiera produjo en mí tal espanto, que me creí perdido sin remedio. Sin embargo, algunas cacerías peligrosas que yo había hecho con mis compatriotas me habían casi familiarizado con la presencia de aquellos animales feroces, y así, me levanté precipitadamente y me armé de mi puñal y de una de mis pistolas, pues en aquel país nadie sale de su casa desarmado. El animal se mantuvo parado, y yo permanecí inmóvil, con los ojos fijos sobre los suyos, dispuesto á disparar sobre él en cuanto se moviese, con la esperanza de que se espantaría con la explosion, decidido en otro caso á esperarle con la punta de mi puñal. Estas reflexiones fueron tan rápidas como lo exigía el peligro, y al primer paso que dió hácia mí, hice fuego, y le ví vacilar y hociocar en tierra.

Por un instante me creí ya salvo; pero la bala solo le había atravesado un brazuelo, y bien pronto le ví levantarse, dirigiéndose hácia mí: yo le esperaba confiando en Dios y en mi puñal, cuando oí unos gritos agudos, y descubrí á unos doscientos pasos de mí una porción de hombres que estaban acostados en un campo de arroz, á quienes la detonacion del arma de fuego había hecho despertar, y que sin saber todavía el peligro que me amenazaba venían á socorrerme: el tigre, espantado por las voces, huyó precipitadamente, y yo di gracias á mis libertadores, y les distribuí el dinero que llevaba conmigo. Esta generosidad me produjo mil pruebas de reconocimiento de parte de ellos, cercándome con demostraciones de alegría, y uno de ellos, que sabía algunas palabras en inglés, me dijo si quería pasar á descansar á una casa inmediata, cuyo dueño, que decía era compatriota mio, gustaba mucho de recibir en ella á cualquier forastero.

Acepté su invitacion con muestras de agradecimiento, y despues de una hora de una marcha penosa, que mis acompañantes trataron de dulcificar cantando y bailando, llegué á una casa que parecía enteramente á esta en que hoy tengo la dicha de hospedaros.

Luego que me presentaron al dueño de la casa, el capataz de los esclavos le contó mi aventura. El señor de Wasley (este era el nombre del propietario) me recibió con la mayor atención, y me reprendió la imprudencia que había cometido, exponiéndome solo á alejarme así de las poblaciones; y despues, cuando supo mi nombre, me dijo que había conocido mucho á mi tio, y me rogó que honrase su casa deteniéndome en ella algun tiempo. Los esclavos se retiraron, dándole su dueño las gracias por su buena accion y por haberle proporcionado la fortuna de tener en su casa al sobrino de uno de sus mejores amigos.

El señor de Wasley era hombre de unos sesenta años, su figura era venerable, y su cabeza estaba cubierta de canas. El me contó que había servido en las tropas de la Compañía, y que se había casado en la India, despues de haber permanecido allí cerca de treinta años; al cabo de los cuales se estableció definitivamente, comprando posesiones que él mismo hacia producir, y que vivía feliz con su esposa y su hija, con una fortuna considerable que había adquirido en operaciones comerciales que había hecho durante su servicio en la Compañía, estando decidido á no dejar la India jamás.

Yo le rogué que me presentase á las señoras; pero estas estaban ya advertidas por un criado de la llegada de un extranjero, y se presentaron en seguida. La señorita Wasley tenía diez y ocho años: yo no he conocido una criatura tan bella, y desde que la ví me pareció que no podría ser dichoso sino á su lado; pero era preciso renunciar á toda esperanza, no siendo por medio del himeneo; y sin embargo de que me parecía algo duro el proyecto, conocí que no siendo á su lado no había existencia posible para mí. Al cabo de algunos días la declaré en uno de nuestros paseos, cuáles eran mis sentimientos respecto á ella, y tuve el placer de oír de su boca la confesion del amor que había sentido por mí desde el primer momento de nuestra entrevista, y concertamos que al siguiente día rogaria á su padre que me la diese por esposa. El señor de Wasley, despues de haber consultado con su esposa y con su hija, otorgó mi petición, y un mes despues se celebró nuestra union con una ostentacion magnífica. Mi anciano suegro me rogó que me estableciese para siempre al lado de ellos, diciéndome que no había querido estipular esta condicion como indispensable para nuestro matrimonio, confiando en que yo no querria desvanecer una esperanza en que fijaba la felicidad de su vejez; pues le parecía

imposible que él pudiese sobrevivir á la separacion de su querida hija. Yo estaba indeciso sobre el partido que debía tomar, y traté de consolarle con esperanzas halagüeñas, sin atreverme á empeñar una palabra decisiva.

El amor candoroso de Mary y la dulzura de su trato, unido á los encantos de aquel hermoso clima, absorbían toda mi atención y me tenían embriagado de felicidad. Mi buen suegro tomaba parte en nuestra dicha, dándome continuas pruebas de su agradecimiento por mi cariñoso afecto con Mary, bendiciendo al cielo que había enviado á su hija un esposo segun su corazón; y ya no se volvió á hablar de Inglaterra.

Al cabo de diez meses era padre de un hermoso niño, que colmó mis deseos é hizo renacer en mí diferentes pensamientos de los que me habían ocupado hasta entonces. Por mí no hubiera tenido valor suficiente para arrancar á mi esposa de los brazos de sus padres; pero tenía un hijo y conocí que era preciso volver á Inglaterra; y despues de comunicar á Mary mi resolucion, esta la aprobó, y mi viaje se decidió irrevocablemente. Como madre no desconoció Mary que el objeto de nuestro viaje era la educación de nuestro hijo; como esposa no dudó un momento en acatar la decision de su marido; pero como hija no pudo disimular la pena que debería causarla el momento de decir á sus padres un adios, que sería eterno tal vez; y arrojándose en mis brazos vertió abundantes lágrimas, y despues de colmarme de cariños tomó en sus brazos á nuestro hijo, y me dijo con acento firme: — «Partirémos, es preciso, y si á tí te falta el valor, yo sabré dártelo: si, iremos á cuidar de la educación de nuestro hijo en la hermosa Inglaterra. ¿No eres tú mi esposo? ¿No es este nuestro hijo? Pues bien, mi patria está entre vosotros dos, y mi voluntad es la tuya.»

Nuestro proyecto quedó en secreto por algun tiempo. Mary quiso criar á su hijo; yo estaba loco de contento de esta resolucion maternal, que yo no había exigido; pero su ternura se había adelantado á mis deseos, y sus padres se mostraban gozosos de ver á la joven madre llevar con orgullo sobre su seno el hijo que ella misma alimentaba. Nosotros, que sabíamos la pena que les estaba reservada, nos dirigiamos á veces miradas melancólicas, y hubo instantes en que sentí debilitarse mi firmeza; pero Mary, á quien esto no podía ocultarse, me animaba con una palabra indirecta, cuyo sentido yo solo podía comprender. Al fin llegó la estacion favorable, no había ya que dudar, y Mary y yo fijamos nuestra partida para dentro de ocho días.

Al siguiente declaré á mi suegro, con una tranquilidad aparente, que apénas ocultaba mi turbacion, que la suerte de mi hijo exigía imperiosamente mi regreso á Inglaterra, añadiendo que mis negocios estaban definitivamente arreglados y mi esposa resuelta á seguirme.

Esta declaracion me conmovió, y quise buscar algun apoyo en los ojos de Mary; pero ella prorumpió en un amargo llanto: su padre al verla en tal estado me dijo lleno de cólera: «vos mentís» y no pudo articular mas palabra: yo palidecí atemorizado. Mary se precipitó en los brazos de su padre, y le dijo con acento firme: — «Pablo dice la verdad, padre mio, yo quiero partir; no solamente le he prometido seguirle, sino que yo misma le he aconsejado para emprender esta partida: mi deber de madre lo exige así, ¿quereis que falte á obligaciones tan sagradas?» Su padre cruzó los brazos, inclinó la cabeza, y salió sin proferir una palabra, llevando pintada en su rostro toda la amargura que sentía su corazón.

Los días que siguieron despues de esta declaracion se pasaron entre lágrimas y quejas, cuyo suplicio me pareció demasiado lento y cruel. Por fin llegó el día deseado.

La víspera habían dispuesto los padres de Mary que todos sus esclavos estuviesen dispuestos á conducir nuestro equipaje, pues era preciso ponernos en marcha ántes de la salida del sol, para sustraernos á sus rigores. Mary y yo nos presentamos con nuestro niño al anciano Wasley, esperando su bendicion; él nos la dió sin conmoverse, pero sin poder ocultar su resentimiento: su esposa, por el contrario, no pudo comprimir su emocion prorumpiendo en un amargo llanto, y nos abrazó, dándonos un eterno adios, implorando sobre nosotros la protección de Dios y de los hombres. Todavía no he podido olvidar la mirada sombría que el padre de Mary lanzó sobre mí en el momento en que yo tomé el brazo de su hija para ayudarla á subir en la litera que debía trasportarnos á Pondichery; y me costó mucho el deshechar el espanto que causó en mí la maldición muda que acababa de lanzarme aquel padre desconsolado; lo cierto es que me pareció que un siniestro presentimiento había echado sobre mi viaje un velo de terror y de calamidad. Mary desde la litera dió la señal de marcha, y entonces no ví mas que á ella y á mi hijo.

Al tercer día de nuestra llegada al puerto nos embarcamos en un buque de la Compañía de la India. Mi familia se componía de seis personas: mi esposa, mi hijo y yo, un negro criado mio, y dos jóvenes indianas que Mary había querido traer en su compañía. ¡Ah! ¿Qué no pudiese yo pintaros, amigo mio, el magnífico cuadro que se presentó á nuestros ojos en el momento en que el buque abandonó las playas de la India! Baste decirnos que al contemplar aquella vista encantadora olvidé mis funestos presentimientos, y reapareció la risa en mis labios. Era un espectáculo majestuoso, cuando alejándonos de las fértiles costas del Indostan, tan sembradas de matices resplandecientes, despues de haber pasado la punta de Karikal, nuestra imaginación, exaltada por esta opulencia de la naturaleza, se lanzaba en el Océano

indiano, mas allá del canal de Mozambique, que está situado entre la punta de Africa y la isla de Madagascar, desde donde se descubrió el inmenso Atlántico, que baña con sus aguas la Europa, hacia la cual dirigimos nuestros votos y nuestros suspiros.

Como la navegacion se anunciaba feliz y rápida con una brisa fresca y perfumada, nuestro buque, sutil y velero, se balanceaba con suavidad sobre las aguas, y yo, enagenado de placer, daba un adiós á aquellas hermosas riberas, de donde habia sacado dos prendas de esperanza y felicidad.

Habíamos pasado ya el cabo de Buena Esperanza, y caminábamos á toda vela hacia Europa; los vientos frescos de la India habian hecho adelantar mucho en nuestro viaje, y todo nos favorecía; solamente mientras navegábamos por la travesía del canal de Mozambique experimentamos algunos ventarrones fuertes; pero estas ligeras tormentas no habian producido sino algunos ligeros sacudimientos de poca duracion, causando un ligero sobresalto, que se desvaneció al ver que un viento suave y favorable empezó á inflar nuestras velas. Entramos por fin en el Atlántico, é ibamos ya á pasar la línea, cuando el viento se calmó de repente, quedando nuestro velamen colgando de las vergas, sin que la mas ligera brisa las moviese. La mar estaba sosegada y brillante como un hielo, el cielo puro y despejado, la naturaleza entera reposaba; solamente el vuelo de algunas aves, los saltos de las doradas, y algunas suaves ondulaciones que movian el buque, turbaban aquella deliciosa tranquilidad. Pasados tres dias en este estado, la tripulacion empezó á mirar con inquietud aquella atmósfera sin vida, aquella mar impasible, y aquel cielo calmado que parecia endurecerse con los rayos luminosos que le abrasaban; y poco después se descubrió, con asombro general, una línea de fuego que cortaba el horizonte como si fuese una gran barra de hierro candente; quedándose parado nuestro buque como si hubiese echado el ancla sobre un fondo que se habia cerrado para no abrirse jamás. Todos nos quedamos suspensos como la mar, como el aire, y como la naturaleza, que no nos ofrecia sino dias de inaccion y noches de un calor sofocante. Esta calma duró cuarenta dias. ¡Una eternidad!

¡Oh, Dios mio! Si todos mis tesoros hubiesen podido agitar el viento y las olas, ¡con qué alegría los hubiese arrojado al abismo! Pero nuestros esfuerzos y nuestros ruegos al Todo Poderoso, todo fué inútil. Los remos, que eran nuestra única esperanza, estenuaban nuestras fuerzas, sin que lográsemos disminuir el peligro, y no hacian sino golpear sobre las aguas sin casi moverlas.

La tempestad, el huracan, el rayo, el trastorno de toda la naturaleza, un abismo abierto para sumergirnos, cualquiera de estos males hubiese sido acogido por nosotros con gritos de alegría; pero cuando nuestros votos se estrellaban contra un cielo inflexible, invocábamos el auxilio del infierno, y todas las furias del abismo, si hubiesen acudido á nuestra voz, las hubiésemos saludado con entusiasmo. ¡Ah! ¡Qué de veces, durante aquel prolongado tormento, veíamos resplandecer á lo lejos la mar y todo el firmamento con un brillo igual al de las arenosas soledades del desierto!

A consecuencia de la prolongación de nuestro viaje, y para colmo de nuestra desgracia, se agotaron nuestros víveres, y llegó á faltar absolutamente el agua. Mary soportaba esta privación con un valor heroico, atendiendo siempre á todas las necesidades de nuestro hijo con la mas tierna solicitud; y á pesar de que no llegó á agotarse el precioso líquido de su seno, tenia que ocultarse para dar el pecho al objeto precioso de su solicitud; pues habia ojos ansiosos que parecían quererle disputar cada gota de leche que humedecía los tiernos labios del inocente niño.

El hambre y la sed se hacian insufribles y el buque permanecía siempre inmóvil; de suerte que la desesperación de la tripulacion llegó á su colmo; pero era una desesperación melancólica, que no se manifestaba sino por el abatimiento mas profundo, y por una postracion completa de fuerzas físicas y morales. Todos bajábamos la cabeza bajo la fatalidad que nos oprimia; ni un movimiento, ni una palabra interrumpia nuestra agonía continua; solo algunos suspiros ahogados se oían cuando en cuando; jamás encontró la muerte víctimas mas dóciles y sumisas; sin embargo, nadie tenia tanto derecho á quejarse como yo, que además de mis propios padecimientos veía consumirse por momentos los objetos de mi cariño.

La calma se prolongaba, y nosotros estábamos próximos á espirar de necesidad bajo la cúpula luminosa del Ecuador; se hubiera podido compararnos á aquellos avaros que mueren de hambre sobre un monton de oro.

Una madrugada me sentí animado no sé de qué esperanza consoladora, y reuní mis pocas fuerzas para subir sobre cubierta; allí encontré toda la tripulacion reunida; habian notado que las velas empezaban á moverse insensiblemente, y todos levantaban la cabeza y las manos por recibir las primeras impresiones del aire: de repente se oyó un grito unánime de alegría, ¡nuestras velas se inflaban con el viento!

Si es cierto que ha habido muertos que han salido de la tumba para volver á la vida; si algún sér viviente ha sido arrancado de las entrañas de la tierra para volver á ver la luz del dia, después de haber estado como un cadáver envuelto en el polvo y la oscuridad, nosotros pasamos por el mismo exceso de alegría que ellos debieron experimentar, cuando sentimos darnos en el rostro la deliciosa frescura del aire. Fué tal mi gozo, que no pude ménos de abrazar á mi esposa y á mi hijo,

y caí sucumbiendo á una emocion inconcebible. Todo fué alegría en aquel momento: la tripulacion, que estaba en la mayor estupefaccion, se reanimó súbitamente; los cuerpos, encorvados por el peso del infortunio, se enderezaron, y cada uno queria con su agilidad aligerar los movimientos del buque; y aquellas manos, débiles poco ántes, adquirian una fuerza sobrenatural para ejecutar con una increíble rapidez las maniobras y aprovechar el viento que el cielo nos enviaba.

Pero ¡ah! ¡aquella alegría fué de muy corta duracion! Estábamos muy lejos de todo puerto de arribada; era preciso volver hacia Santa Elena, ó dirigirnos á la Ascension ó Santo-Tomás: el punto de refugio mas próximo estaba á quince dias de distancia, y nuestros víveres se habian concluido. La víspera todos estábamos resignados á morir; ni un murmullo salía de nuestros pechos oprimidos; pero después ninguno queria abandonar una vida que habia salvado milagrosamente. Con la esperanza habia vuelto la energía, y con la energía la pasión, el egoismo, la crueldad y el furor. Se oían amenazas atroces; yo velaba, armado por la seguridad de mi esposa é hijo, mientras mi negro protegía á las dos indianas, porque no podíamos dudar que se tramaba un horrible complot contra las tres mujeres y el niño.

El capitán, que era hombre humano, tan luego como conoció las disposiciones de la tripulacion, resolvió impedir el crimen que meditaban, y convocó á todo el mundo sobre cubierta. Allí, en pocas palabras, nos hizo conocer la horrible situación á que nos hallábamos reducidos, y la absoluta necesidad de que algunos muriesen por la conservación del mayor número. Un grito sordo como un rugido de bestias ferozes fué la contestacion universal. Por último, se decidió que cada uno recibiría un número de orden, y que se escribirían los nombres de todos, con su número, en un registro que se conservaría en secreto para todos, excepto para el capitán, que designaría cada noche una víctima al ejecutor. Este cargo de ejecutor fué conferido por unanimidad á un africano que servía al capitán, y este juró por su honor que si la suerte le designaba para morir, él mismo se levantaría la tapa de los sesos ó se entregaría al ejecutor; añadiendo que tan luego como muriese la víctima designada por la suerte, se fijaría en el palo mayor un cartel con su nombre y su número, á fin de evitar todo fraude. Acto continuo se contó exactamente el número de personas, y se distribuyeron los números que debían decidir de la suerte de cada uno. Mi hijo, á pesar de su tierna edad, fué comprendido en aquel horrible empadronamiento. Cada uno remitió al capitán un billete cerrado que contenía su nombre y su número, y él solo era el confidente de la suerte de todos, poniendo en la tabla ó cartel de proscripción aquel á quien su desgracia habia condenado á morir. El ejecutor ocupaba tambien su plaza en la lista fatal, y se acordó que según se fuese concluyendo el alimento que nos proporcionaba cada una de las víctimas, se harían morir sucesivamente los que la suerte designase; pero nadie debía advertirle del instante supremo y último de sus dias; debía ser asesinado traídoramente para que sufriese ménos su espíritu.

Sería la una de aquella noche, primera de sangre, cuando oí cerca de mi cámara un grito agudo, y al dia siguiente supe que mi pobre negro habia sucumbido al puñal del verdugo. Mi mujer ni las dos indianas ni yo quisimos recibir la parte de racion que se nos destinó; á pesar del hambre que nos devoraba, la rechazamos llenos de horror.

¡Ay amigo mio! No es posible pintaros las angustias de cada dia y cada noche. El cabello se me eriza solo al acordarme de aquel horroroso suplicio. Doce dias se pasaron en tan triste situación, y cada dia una nueva víctima. Todos los esfuerzos empleados para aminorar la inmolacion fueron inútiles, y solo sirvieron para excitar la avidez sanguinaria de aquellos hombres, que esperando siempre la muerte, embotaban su terror con el placer que hallaban en aquella comida infernal. Durante tres dias mi esposa rehusó todo alimento, horrorizada al ver aquella vianda detestable, y yo la persuadía á que la comiese, mostrándole nuestro hijo, que pálido y desecado se inclinaba sobre su seno, como una tierna flor próxima á marchitarse enteramente: al fin consentió en recibirla por sostener sus fuerzas y salvar la vida al inocente niño; pero hubo momentos en que creí que aquel execrable alimento la quitaría la vida. ¡Ah! ¡qué tormento! ¡qué de penas! La existencia me parecia una carga demasiado pesada para sostenerla á tal precio, y no me atrevia á dirigir la vista hacia mi esposa y mi hijo, porque creía á cada momento ser testigo de su muerte.

La mañana del trigésimo dia de sangre y horror estaba recostado sobre la proa del buque, con la vista fija sobre el Norte, pensando en mi patria, cuando un grito resonó en la gavia mayor: ¡Una vela! ¡Una vela! Efectivamente, todos dirigimos la vista hacia el horizonte, y descubrimos una cosa blanca como las alas de una gaviota: marchamos á su encuentro, y á poco tiempo vimos que era un brie que se dirigía hacia nosotros: al momento se le hizo saber nuestro apuro por medio de señales, y el cañon con su retumbante y lúgubre voz, le pidió socorro y proteccion: poco después el capitán le habló con el porta-voz, y fué indecible nuestro gozo al oír que contestaron en nuestro idioma, y que echaban la lancha al agua, la cual nos enviaron provista de víveres y agua, negándose á recibir una caja llena de oro que se les daba en recompensa de su generosidad.

Después de los primeros trasportes de nuestra alegría quisimos saber quien era la desgraciada víctima desig-

nada para aquel dia si el cielo no nos hubiese socorrido, ¿y quién diréis que tenia el número 14?... Mary, mi esposa era la que debia haber perecido; ella tenia el número fatal.

Arribamos á Londres sin experimentar ningun otro contratiempo; pero el aspecto de la ciudad me volvió frio é indiferente; sin embargo quise enseñar á Mary todas las maravillas de la capital, ella me miró con dulzura y me dijo:

— Pablo, huyamos de este laberinto después de nuestras desgracias; el reposo es mas que una necesidad, es nuestra dicha.

Ella adivinó mis deseos. Yo encontré al poco tiempo al jóven indio que habeis visto al entrar en mi casa, el cual consentió en seguirme aquí, y me ayuda á realizar mis proyectos de hospitalidad para cuantos se presentan, y me encuentro dichoso en medio de los preciosos objetos de mi cariño.

Lord Melton me hizo que le siguiese, y me presentó á Mary, su digna esposa, que llevaba en sus brazos á su hermoso niño, criado con tanto amor y con tan horribles desgracias: yo pedí permiso para retirarme, y aquella dichosa familia me rogó que si mis negocios me lo permitian no dejase de visitarlos á menudo.

Así lo efectué algunas veces, gozándome en ver como aquellos seres dichosos repartían pródigamente sus riquezas, reparando las desgracias de todos los habitantes de la comarca.

Ceremonia fúnebre en Madrid

PARA LA TRASLACION DE LAS CENIZAS DE MORATIN
Y DE DONOSO CORTÉS.

Consignamos con gusto en nuestras columnas la relacion de la ceremonia fúnebre para la traslacion de las cenizas de Moratin y de Donoso Cortés, dispuesta por el gobierno español, celoso de encumbrar como es debido las glorias nacionales.

Ambos personajes habian muerto en París; Donoso Cortés hace algunos meses con el título de embajador de la corte de España, y Moratin en 1828 después de haber dejado en 1813 su país natal, que no volvió á ver nunca. Trasladados á Madrid por orden del gobierno los restos mortales de estas dos celebridades europeas, la ceremonia se verificó del modo siguiente:

He aquí el programa oficial:

REAL ORDEN.

La Reina (Q. D. G.) se ha servido determinar que la traslacion de los restos mortales de D. Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas, y de D. Leandro Fernandez de Moratin, desde la capilla del cementerio general de esta corte (extramuros de la puerta de Bilbao,) donde se hallan depositados provisionalmente, á la iglesia de San Isidro el Real, se efectúe en los términos siguientes:

1.º A las once en punto de la mañana del miércoles 12 del corriente se verificará la traslacion de los cadáveres, dirigiéndose desde la puerta de Bilbao, por las calles de Fuencarral, de la Montera, Puerta del Sol, calles de Carretas, de la Concepcion Gerónima y de Toledo, á la referida iglesia de San Isidro.

2.º Abrirá la marcha un piquete de la Guardia civil de caballería: seguirán los pobres de la primera casa de beneficencia, el cabildo de curas y beneficiados de esta corte con el clero parroquial de San Marcos, y los carros fúnebres, donde serán trasportadas las cenizas de ambos ilustres varones. Las insignias y distintivos que los condecoraron en vida se pondrán en cada uno de los féretros, colocando sobre todo como emblema de la ciencia y gloria que alcanzaron, un libro abierto y una pluma coronados por una rama de laurel.

3.º Las cuatro cintas del féretro del marqués de Valdegamas serán llevadas por el capitán general del distrito de Castilla la Nueva, el gobernador de esta provincia, el gobernador militar de Madrid, y el alcalde-corregidor de esta corte.

Las del féretro de D. Leandro Fernandez Moratin, por los presidentes de las reales Academias Española, de la Historia y de San Fernando, y por D. Francisco Agustin Silvela, á cuyo padre debió Moratin reposar en el decoroso monumento funerario en que ha yacido hasta ahora.

4.º Formarán el acompañamiento, sin puesto alguno preferente, de uniforme, y las que no lo tengan, de luto rigoroso, todas las corporaciones y personas invitadas para ello, presididas por el Consejo de ministros.

5.º Por los respectivos ministerios se invita á todas las corporaciones y funcionarios dependientes de los mismos.

6.º En la real iglesia de San Isidro celebrará solemne misa de *requiem* el M. R. patriarca de las Indias.

7.º Durante la conduccion de los cadáveres, y hasta que sean depositados, se darán los clamores como oficio fúnebre de primera clase en todas las iglesias de

esta córte, cualquiera que sea la jurisdiccion á que correspondan.— Madrid 10 de octubre de 1853. — San Luis.

Pero además de todas las corporaciones y autoridades de Madrid, se invitó también á la ceremonia á los empleados de los ministerios y á los escritores públicos por medio de esquelas particulares, concebidas en los términos siguientes:

« El Consejo de ministros participa á V... que puede concurrir á las once en punto de la mañana del miércoles 12 del corriente al cementerio general de esta córte, extramuros de la puerta de Bilbao, para asistir á la ceremonia que ha de efectuarse con el fin de acompañar los restos mortales del Excmo. Sr. D. Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas, y de D. Leandro Fernandez de Moratin, mandados rescatar á la posesion del suelo patrio por la maternal solicitud de S. M. la Reina. Inútil fuera recomendar encarecidamente la asistencia, cuando se trata de dar público testimonio del aprecio que la nacion española sabe consagrar á los que, hijos de su seno, han conseguido la gloria de ilustrar su nombre en el mundo civilizado.

» Madrid 10 de octubre de 1853. »

En efecto, á las once y media de la mañana salió del cementerio general de la Puerta de Bilbao de Madrid

la comitiva fúnebre para conducir á la bóveda de la iglesia de San Isidro el Real, los restos mortales de Don Leandro Fernandez Moratin, y de D. Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas. La comitiva marchaba en el orden siguiente: Iban delante los acogidos en los

establecimientos de beneficencia con hachas de cera. Seguian inmediatamente los carros fúnebres; primero el de Moratin, luego el de Valdegamas: ambos co-

de Bellas Artes, y D. Manuel Breton de los Herreros, en representacion de D. Agustin José Silvela, pariente mas cercano de Moratin. Tambien en lugar del señor conde de San Luis, presidente de la academia de Nobles Artes, ocupaba su puesto el vice-presidente de la misma.

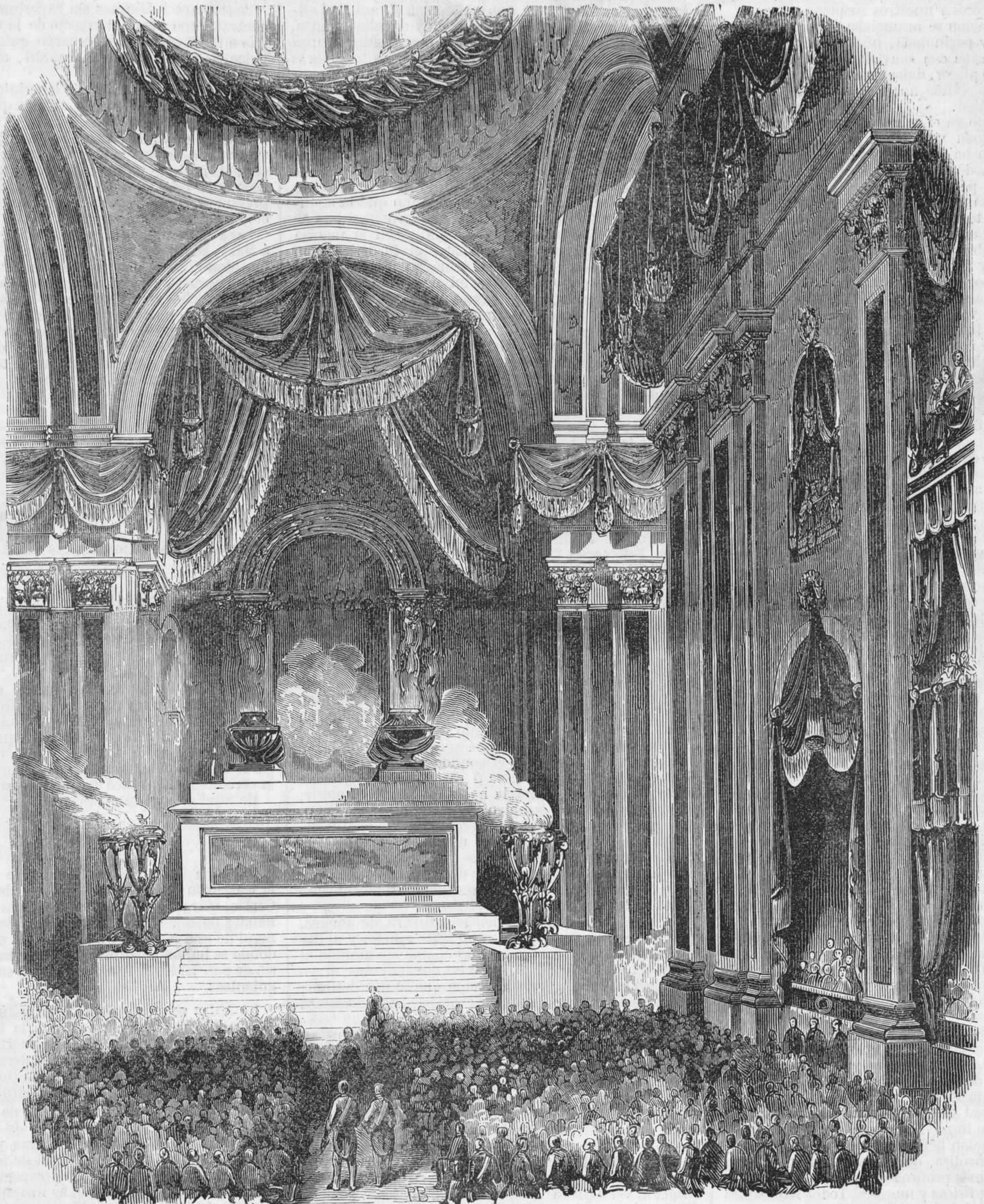
El ataud del marqués de Valdegamas iba bajo un dosel bordado de oro y llevando encima las insignias de las órdenes con que el señor Donoso Cortés estaba condecorado. Las cintas de este féretro las llevaban el gobernador civil, el alcalde corregidor, el capitán general y el gobernador militar de Madrid. Delante y al rededor de los carros fúnebres iban las mangas parroquiales y el cabildo de curas de Madrid.

Detrás de los carros mortuorios marchaban interpolados, pero con orden, las corporaciones y personajes mas distinguidos de Madrid.

Presidian el duelo los individuos del actual y del anterior gabinete, distinguiéndose á su lado el capitán general D. Manuel de la Concha.

Cerraban la comitiva tres coches de la casa real, precedidos de un caballero de campo y seguidos de mas de cien carruajes de particulares.

La comitiva llegó á San Isidro despues de la una de la tarde, y luego que los cadáveres fueron colocados en el catafalco de estilo gótico, levantado delante del presbiterio, se cantó una solemne misa de requiem, oficiada por el patriarca, que ha terminado con la funcion fúnebre cuando estaba ya bien adelantada la tarde.



Ceremonia fúnebre en Madrid, para la traslacion de las cenizas de Moratin y de Donoso Cortés.

chegos iban tirados por seis caballos con mantas y penachos negros. La caja que contenia los restos de Moratin era pequena, y el coche en que iba conducido poco lujoso. Llevaban las cuatro cintas de este coche los presidentes de las tras academias de la Historia, Española, y

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Lóndres. Cada número se compone de 46 páginas de impresion sobre papel de lujo con magnificas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.

Para la HABANA.....	\$ 12 fuertes.	Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO.....	\$ 15 » »
— el interior de la ISLA DE CUBA.....	\$ 15 »	— el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA.....	\$ 16 » »
— PUERTO RICO (San Juan).....	\$ 12 50 macq.	Un número suelto.....	3 rs. fs.
— el interior de la ISLA DE PUERTO RICO.....	\$ 18 50	— VERA CRUZ y TAMPICO.....	\$ 13 fuertes.
— las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESA y COSTA FIRME.....	\$ 12 fuertes.	Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.
— la PROVINCIA DE CUMANÁ.....	\$ 12 75 »	— MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CÓRDOVA, JALAPA.....	\$ 15 fuertes.
Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.	— todo el interior de la República.....	\$ 18 fuertes.
— la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes).....	\$ 14 » »	Un número suelto.....	3 1/2 rs. fs.